

LA VUELTA DE LOS DÍAS

¿DÓNDE ESTAMOS?

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

DOMINGO 18 DE AGOSTO: ¿FRAUDE DESCOMUNAL O NUEVA CORRELACIÓN DE FUERZAS? Sostener lo primero implica darle la razón a quienes se opusieron radicalmente a la reforma política: el nuevo código no registra avances sino retrocesos. Según el líder del PRD, estamos ante el mayor fraude de la historia de México; comparadas con las pasadas elecciones, las irregularidades del 6 de julio fueron un juego de niños. De acuerdo con esta versión, entre julio de 1988 y agosto de 1991 no sucedió nada; o, más bien, se impuso una contrarreforma. Los resultados electorales no indicarían otra cosa más que la perversa (y efectiva) decisión del gobierno de alterar la voluntad popular. Ni el PRI ganó ni la oposición perdió.

Corolario: urge otra reforma constitucional y una nueva ley electoral. Hay que volver a empezar. Sólo que volver a empezar es imposible. O, en todo caso, es indispensable que la minoría convenza a la mayoría de efectuar otra nueva reforma. Pero como eso no es factible, ya hay voces que llaman a la oposición a retirarse de las elecciones. Hacer una huelga de brazos caídos hasta que cambien las reglas del juego. Semejante estrategia tiene un defecto: es necesario que el conjunto de la oposición política decida retirarse. De no ser así, no tiene ningún sentido. El retiro de uno de los contendientes (el PRD) no haría más que acentuar su aislamiento y confirmar su renuncia a hacer política.

Atribuir las derrotas al fraude tiene una función objetiva: eludir responsabilidades y concentrar la atención en el "enemigo". Sólo en estas condiciones una derrota puede transformarse en una victoria. Cuando una empresa quiebra, todo el mundo se pregunta por los malos administradores; pero cuando es víctima de un atraco se exige justicia y restitución. Ahora bien, la denuncia de robo puede servir para ocultar una mala

administración. Pero en ese caso la empresa nunca será saneada. Cada nueva operación repetirá el esquema de la anterior. Los socios empezarán a sospechar y no serán pocos los que decidan liquidar sus acciones. Es una forma de suicidio homeopático. Este es el riesgo que corre el PRD.

Nadie niega que el 18 de agosto hubo irregularidades. Pero es indispensable formularse varias preguntas: ¿corresponden a una política de gobierno? ¿Involucran a la autoridad electoral? ¿Modifican sustancialmente los resultados globales? Quienes se aferran a la denuncia responden que sí. No dejan margen alguno para limpiar el proceso, ni para la negociación. ¿Cómo negociar con un gobierno que actúa de semejante manera?

Sin embargo, no hay datos objetivos que permitan afirmar: a) que las elecciones del 18 de agosto fueron las más fraudulentas de la historia; b) que las irregularidades fueron una estrategia del gobierno o de las autoridades electorales. Para refutar la primera tesis basta recordar que en julio de 1988 el 45% de las actas no fueron presentadas. Hoy, las actas y los paquetes electorales están a la vista. Las casillas fueron organizadas y presididas por los ciudadanos. Los resultados fueron computados la noche de la elección. Nunca la oposición y los ciudadanos habían tenido tantas garantías. Si con todos estos candados no se logró evitar el fraude, no queda más remedio que cerrar el telón y cancelar la función. Este es, dicho sea de paso, el mensaje que los partidos de oposición le están enviando a los ciudadanos.

Se ha argumentado que el fraude cambió de naturaleza: durante muchos años consistió en sumarle votos al partido oficial, ahora consiste en restarle votos a la oposición. ¿Cómo? Primero se rasuró al padrón. Luego se hizo una entrega de credenciales favorable a los electores

del PRI y desfavorable a los partidos de oposición. Finalmente, el día de las elecciones muchos ciudadanos con credencial se quedaron sin votar por no aparecer en listas. Esta serie de irregularidades acumuladas darían una ventaja considerable al PRI.

Pero, además, dada su complejidad y su naturaleza, no podrían ser obra más que de la autoridad correspondiente: cualquiera puede llenar una urna de boletas, pero sólo el Registro Federal de Electores puede manipular el padrón. Este "fraude hormiga" —como lo ha llamado la oposición— se fundamenta en un supuesto: que los electores que quedaron sin sufragar eran simpatizantes de los partidos de oposición.

Pero el argumento es muy endeble. ¿Cómo podemos saber que los ciudadanos que se quedaron sin votar (por no estar empadronados, por no tener credencial o por no estar en listas) eran partidarios férreos de la oposición? Con este tipo de denuncias entramos al mundo de la especulación y de las sospechas, pero nada más. Más aún: la "supresión" de votantes se tiene que hacer con algún criterio. Supongamos que fue el de la pasada elección presidencial: que en los distritos y casillas que ganaron los partidos de oposición se hizo la depuración. En 1988 el FDN y el PAN ganaron 67 distritos de mayoría (29 y 38, respectivamente). A partir de entonces, algunos analistas los calificaron de alto riesgo para el PRI.

Semejante razonamiento tiene que resolver una cuestión previa: ¿qué tan estable es la geografía electoral de 1988? ¿Es seguro que los ciudadanos que votaron por la oposición entonces lo seguirían haciendo en el futuro? ¿Se puede hablar de cotos de la oposición política? No parece ser el caso. Antes del 6 de julio, la oposición nunca había ganado en más de 11 distritos; en 1985, el PAN

triunfó en 9 y el PARM en 2. Esta fue una cifra elevada si se compara con el año de 1982: Acción Nacional fue el único partido que ganó un distrito de mayoría. Si nos remontamos en el tiempo, las cosas apenas mejoran: en 1979 el PRI perdió 4 distritos. Esto indica que la geografía de la oposición electoral de 1988 es muy incierta: la oposición no tiene un arraigo estable por distritos. De haberse operado el "fraude hormiga", no hay ninguna garantía de que los electores que se quedaron sin sufragar fueron fieles partidarios de los partidos de oposición.

Consecuentemente, la técnica de la depuración de los electores pudo haber perjudicado a todos los partidos, incluso al PRI. En otras palabras, aún cuando se demostrara que hubo un sesgo en el empadronamiento, en el reparto de credenciales y en las listas de votantes, no habría ninguna certeza de que su efecto hubiera sido decisivo en los resultados electorales. El que no votó, no votó; cada quien puede especular por quién habría votado ese ciudadano X. Pero una especulación es una especulación y una prueba de que hubo fraude es otra cosa.

En los distritos rurales y en los estados más atrasados puede haber habido irregularidades. Allí se registran dos fenómenos concomitantes: la vigilancia de la oposición es nula y la votación por el PRI es muy alta. Sin embargo, incluso en estas zonas habría que diferenciar los casos en que la votación es la expresión de formas de dominación arcaicas, de los casos en que hubo relleno de urnas y manipulación de las actas.

Como quiera que sea, la tesis del fraude descomunal no sólo no se sostiene sino que conduce a un callejón sin salida.

II

El 18 de agosto dos elementos fueron notables: la alta participación y la recuperación del PRI en las zonas urbanas. Casi la totalidad de los pronósticos erró: se abatió la abstención. Pasamos de un 50% en la elección presidencial a menos del 40% en unos comicios intermedios. En este sentido, todas las fuerzas políticas deberían hacer un reconocimiento. El 18 de agosto los ciudadanos dieron un paso adelante: sin participación no hay democracia posible.

Pero los resultados electorales rompieron otra ecuación: "en las zonas urbanas el aumento en la participación

electoral es claramente perjudicial para el PRI y favorable para la oposición; en las zonas rurales la relación es inversa". La recuperación de las principales ciudades que perdió el PRI en 1988, en el contexto de una alta participación, obliga a revisar esta tesis. A mayor participación y mayor urbanización no corresponde siempre —en todas las elecciones— una mayor diversificación y un mayor pluralismo. Tal parece, más bien, que estamos ante un electorado flotante que no tiene identificado su voto con la mayoría o con la oposición. En 1988 se volcó contra el PRI. Ahora respondió favorablemente a la oferta presidencial.

¿Cuáles son los factores que explican este cambio? Sin duda la popularidad presidencial y la reforma del PRI fueron determinantes, pero también la debilidad de la oposición política.

El PRI no se ha democratizado, ni ha roto su dependencia respecto del Presidente de la República. Sin embargo construyó una maquinaria electoral (los promotores del voto) que le permitió movilizar a los electores. De ser un partido que basaba sus triunfos en las organizaciones corporativas y en el control (y manipulación) de los procesos electorales, se transformó en un partido que moviliza y compromete el voto de sus simpatizantes. El antecedente más importante de la elección federal fue el caso de Nuevo León. Allí se vio con claridad cómo opera este mecanismo.

La maquinaria electoral sin el liderazgo y la popularidad presidencial no habría tenido ninguna eficacia: los promotores del voto pueden identificar y movilizar a los votantes que simpatizan con una línea política, pero no pueden generar tal simpatía. En más de un sentido, el PRI apostó todo a una sola carta: el Presidente de la República.

Repito lo que ya se ha dicho. La popularidad presidencial se explica por dos razones: el éxito de la política económica y la diversificación de la oferta presidencial. El control de la inflación y el inicio del crecimiento, más las expectativas del Tratado de Libre Comercio, han sido determinantes. Uno de los componentes básicos de la legitimación política reside en la eficacia de la acción gubernamental. Después de años de incertidumbre y de falta de expectativas, la estabilidad económica se ha convertido en el soporte fundamental de la popularidad política. Otra cuestión determinante ha

sido la diversificación de la oferta presidencial: al mismo tiempo que Solidaridad se dirige a las poblaciones marginadas (urbanas y rurales), el discurso preidencional, los avances en materia de derechos humanos y en el ejercicio de la justicia han conquistado la simpatía de las clases medias urbanas.

La oposición política no ha sido capaz de ofrecer una alternativa. El PAN se encuentra ante una paradoja: muchos de sus principios y postulados de política económica han sido tomados y aplicados por el gobierno, que, además, lo ha hecho con mayor audacia, como en el caso del Tratado de Libre Comercio, y con eficacia. Una buena parte del electorado potencial del PAN ha sido sensible a este cambio y a esta oferta política. ¿Podría ser de otro modo?

El PRD hizo dos apuestas a principios del sexenio: Cárdenas ganó las elecciones; Salinas no terminará su sexenio. De allí el principio inflexible: no a la negociación con el gobierno. El cálculo, aunque no fuera bueno, no podía ser más claro: a medida que pasara el tiempo el programa neoliberal acentuaría las contradicciones sociales. La crisis de la deuda y la inflación estrangularían el desarrollo económico (entre los perredistas es moneda corriente sostener que la negociación de la deuda fue un fracaso... poco importa que la inflación haya sido controlada y que la tasa de crecimiento de la economía sea superior a la de la población). El ascenso de la lucha de clases más la crisis económica tendrían su punto culminante en las elecciones intermedias. El PRD no necesitaba, por lo tanto, un programa de gobierno claro; su función era acumular fuerzas y aliados sobre los tropiezos y errores del "gobierno tecnócrata". Este fue el cálculo inicial. Luego, ante la evidencia, se modificó: la estación final será la presidencial del 94. Los comicios del 91 serían un mal trago, para pasarlo había que concentrarse en la denuncia y la agitación. De la amenaza de no participar se pasó a la participación "bajo protesta". En resumen, ni el PAN ni el PRD ofrecieron un programa atractivo para la ciudadanía: uno, porque carece de él; el otro, porque tiene una oferta económica similar a la del gobierno.

III

Se ha dicho que los resultados del 18 de

agosto sorprendieron a los propios priístas. Tal vez la afirmación sea válida para la recuperación del 85% de los distritos que perdió en el 88. No es válida, sin embargo, para los porcentajes globales. Hubo una clara intención del PRI (y del gobierno de la República) de recobrar una mayoría que le permita reformar la Constitución. Con el 64.2% de la votación efectiva el partido del gobierno tendrá 320 diputados; necesitará sólo 13 votos de la oposición para tener la mayoría compuesta. De este modo, el PAN pierde la capacidad de veto que tenía en la pasada legislatura y el pluralismo pierde el equilibrio que había ganado. El presidente recobra la capacidad de reformar la Constitución y completar con ella la reforma del Estado. Esta nueva correlación de fuerzas no implica necesariamente que el PAN quede fuera de las negociaciones para reformar la Constitución. En varios aspectos puede coincidir con el gobierno de la República. La agenda legislativa podría ir desde las relaciones Iglesia - Estado hasta la tenencia de la tierra, pasando por las leyes de inversión y trabajo.

Hemos vuelto, pues, a un esquema de partido casi único, hegemónico. El efecto en la oposición política ha sido traumático. Sobre todo para el PAN, que adoptó una actitud responsable que le permitió al gobierno de la República sortear con éxito la primera mitad del sexenio.

La vuelta atrás en el plano federal se acompañó de las derrotas en San Luis Potosí y Guanajuato. Por razones obvias Acción Nacional depositó todas sus expectativas en la candidatura de Fox. Las irregularidades en Guanajuato, más los distritos perdidos en la ciudad de México y Guadalajara, pusieron a los líderes

panistas entre la espada y la pared. Quienes se opusieron a la negociación con el gobierno pidieron las cabezas de la dirección nacional. Sacar adelante la elección en Guanajuato se convirtió en una cuestión de sobrevivencia. Así se explica el tono y la beligerancia de las declaraciones del presidente del PAN inmediatamente después de las elecciones.

En Guanajuato y San Luis Potosí se cometieron dos errores: se apostó a ganar, sin más, por los candidatos oficiales; se hizo con unas leyes electorales (y con una organización partidaria) que posibilitaban las irregularidades, pero sobre todo que no ofrecían garantías de imparcialidad a la oposición. La estrategia de recuperar una mayoría compuesta en el Congreso debió correr paralela a una completa liberalización de las elecciones en ambos estados. No se trata de que el gobierno de la República le regale estados a la oposición; pero dadas las legislaciones electorales locales y dada la asimetría entre el PRI y la oposición, era indispensable que se garantizara una elección absolutamente impecable. Al no hacerlo, el litigio electoral se transformó en un litigio político.

La renuncia de Aguirre fue una decisión política y una rectificación indispensable. Se da en Guanajuato por razones evidentes; se trata de salvar el diálogo y la concertación con un partido, no con un candidato. El nombramiento de un gobernador interino del PAN confirma la voluntad política de abrir el sistema electoral y la posibilidad de que los resultados de las próximas elecciones (gane quien gane) sean absolutamente creíbles para la oposición. De no haberse producido esta rectificación, la radicalización del PAN hubiera sido más que una

posibilidad; además de que la voluntad democrática del gobierno habría quedado en entredicho.

La rectificación en Guanajuato deja una enseñanza: más vale garantizar la imparcialidad y la limpieza de las elecciones que correr el riesgo de que los litigios electorales se transformen en confrontaciones políticas. La posibilidad de la alternancia en México pasa hoy por las elecciones locales. Al apostar por un proceso transparente en Guanajuato, el gobierno sienta un precedente tan importante como fue el triunfo de Ruffo en Baja California. La rectificación mantiene abierto nuestro camino hacia el pluralismo y la alternancia. La oposición debe reconocer este hecho y evitar atrincherarse en un discurso frontal contra el gobierno. Sobre todo a la luz de los saldos negativos que cosechó el PRD.

IV

¿Estamos en el mejor de los mundos posibles? En las elecciones del 18 de agosto se abatió la abstención y la jornada electoral fue la más limpia de nuestra historia. Se avanzó en la aplicación de una ley electoral que ofrece garantías a la oposición. Y se avanzó también en el plano local con la rectificación de Guanajuato. También es cierto que nos dejan una serie de cuestiones pendientes. Asignaturas como el presidencialismo y el equilibrio de poderes quedan suspendidas. Pero los ciudadanos votaron por los próximos tres años, no por toda la vida.

¿Dónde, pues, estamos? Sin duda no donde quisiéramos. Pero tampoco hemos regresado al pasado. Todo contabilizado, el balance del 18 de agosto es mucho más positivo que negativo.

¿ES POSIBLE LA DEMOCRACIA?

LUIS RUBIO

LAS ELECCIONES DE 1991 HAN CREADO UN nuevo dilema para el sistema político mexicano: aunque con excepciones, en agosto de 1991 se demostró que es posible tener elecciones fundamentalmente limpias y sin embargo no lograr la legitimidad del proceso electoral en su conjunto. Peor aún, un éxito tan avasallador

como el que logró el PRI crea más problemas de los que resuelve. Ante todo, los comicios federales últimos revelaron los límites del reformismo electoral: se suponía —dirían los partidos en la oposición— que la reforma electoral última garantizaría, virtualmente, una creciente representación multipartidista. Lo

contrario ocurrió, generando toda clase de interrogantes sobre el futuro político de México. Si la problemática política no puede resolverse por la vía electoral (o no exclusivamente), entonces ¿qué clase de reforma política es necesaria? Pandora está muy atenta.

Las reformas electorales de la última

década, sobre todo la de 1989 - 1990, fueron prácticamente diseñadas por la oposición y principalmente por el PAN. Por ello, respondían a un esquema político centrado en los procesos electorales, derivado de la premisa que sigue: si las elecciones son limpias y los resultados se respetan, la voluntad ciudadana se reflejará en una amplia representación de los diversos partidos políticos. Para el PAN el problema político de México parecía reducirse al monopolio efectivo que ejerce el PRI a través de su maquinaria electoral y política. Detrás de la postura del PAN, compartida en sólo algunos aspectos por otros partidos en la oposición, yace una concepción de la democracia ciudadana (un hombre un voto) que, a su juicio, se veía impedido de florecer por las prácticas fraudulentas del PRI en los procesos electorales. Por ello no es casualidad que el nuevo Código electoral sea tan complicado y tan lleno de requisitos de procedimiento: los partidos de oposición incorporaron todos los mecanismos formales que consideraron necesarios y deseables para asegurar el respeto absoluto a la voluntad ciudadana bajo la presunción de parcialidad de las autoridades electorales.

Lo único con que los partidos de oposición que participaron en la elaboración del Código no contaron fue con que la voluntad ciudadana se manifestara abrumadoramente en favor del PRI. No hay la menor duda que el proceso electoral sufrió de muchos vicios que, independientemente de que sean menores, empañan los resultados. Pero las imperfecciones del proceso, de por sí lamentables, en nada cambian el hecho de que la población demostró un apoyo mayoritario por el PRI. El PAN fue sorprendido tan brutalmente por este hecho que su candidato a gobernador en Guanajuato, en un exabrupto, afirmó lo que probablemente muchos en la oposición pensaron: "Con este pueblo de mierda no se puede hacer nada". Aunque la elegancia no dominó en la expresión de sus conceptos, Vicente Fox reflejaba claramente la frustración ante una reforma electoral que, aún si hubiese sido absolutamente perfecta, estaba lejos de resolver el problema ya no sólo electoral, sino político de México.

El resultado de la elección es paradójico porque nadie parece sentirse satisfecho. Unos porque hay "excesiva sobre-representación" (sic), otros porque

desaparecieron los pesos y contrapesos (?) y otros más porque no hay interlocutores de la oposición o de diversos sectores de la sociedad, porque los anteriores quedaron fuera incluso de los mecanismos de representación proporcional. En 1988 las quejas se referían, por parte del PRI, a que le habían negado algunas curules; por parte de la oposición se afirmaba que el PRI se había apoderado, por la vía del fraude, del triunfo que el electorado les había conferido en diversas justas. En 1991 la oposición afirma que se trata de una competencia injusta por la relación entre el PRI y el gobierno; el PRI, por su parte, parece anonadado por lo abrumador del triunfo. Ahora, dicen algunos de sus miembros, regresamos al problema de siempre: no tenemos interlocutores.

Es fácil caer en conclusiones rápidas sobre las implicaciones de largo plazo de las elecciones de 1991. Ciertamente hay un conjunto de problemas fundamentales que ahí se hicieron evidentes y que tienen que ser atendidos: hay un sinnúmero de formalismos ridículos y procedimientos inoperantes en el nuevo Código; las legislaciones electorales estatales tienen que modificarse para que garanticen la limpieza de los procedimientos y del conteo de los votos; los sistemas de conteo de los votos a nivel federal y estatal tienen que mejorarse substancialmente, las fuentes de financiamiento de los partidos deben sujetarse a un esquema de transparencia absoluta y, por su relación con el gobierno, las del PRI tienen que desvincularse por completo de las de éste. No todos estos cambios son fáciles o bien las soluciones a algunas de las dificultades implícitas son evidentes; no hay que perder de vista que el gobierno realizó, objetivamente, un esfuerzo gigantesco por hacer transparentes los procedimientos electorales, independientemente de que los resultados no hayan estado a la altura del esfuerzo, lo que impidió alcanzar la concomitante legitimidad absoluta. El problema estrictamente electoral, incluyendo la separación financiera del PRI respecto del gobierno, no tiene mayor problema a nivel conceptual. Pero lo que se hizo evidente en 1991 es que, aunque absolutamente necesarios, estos cambios no serán suficientes.

¿Suficientes para qué? Quizá con la excepción de las reformas que incorporaron a los partidos minoritarios al poder

legislativo (sobre todo las de 1958 y 1978), todos los cambios que se han dado en los últimos treinta y cinco años, y particularmente los de 1989 - 1990, se han referido a la participación de los partidos políticos en los comicios y a la administración de los comicios propiamente dicha. Es decir, hasta ahora todo lo que se ha planteado, incluyendo lo que falta por hacerse en este rubro, se ha referido a cómo celebrar elecciones limpias y creíbles y no a cómo hacer más democrático y representativo el sistema político mexicano.

En 1988, al calor de los conflictos post-electorales del momento, el gobierno planteó un tema crucial, del cual luego se arrepintió: la transición. Por sus acciones posteriores, resulta lógico que el gobierno recapacitara sobre la transición, no tanto porque estuviese en contra de ésta (todo parece indicar que reconoce cabalmente los efectos políticos —descentralización e independencia creciente de los mexicanos respecto del gobierno— de la reforma económica), sino porque el concepto de transición rápidamente se convirtió en idéntico a la desaparición del PRI. El problema de fondo es que el triunfo del PRI en 1991 no le garantiza al gobierno ni al propio PRI su futuro: al comparar los resultados de 1988 y 1991, resulta evidente que el electorado ya no tiene lealtades partidarias permanentes y que va a votar según las circunstancias del momento en que emita su voto. Aunque eso es precisamente lo que la democracia, en el ámbito electoral, debería ser, el PRI, por su burocracia, sus intereses creados y su historial frente a la población, no es el partido más favorecido en esta nueva situación. Por ello, quienes enfrentan el problema político —electoral son tanto la oposición como el gobierno, pero es el propio gobierno quien enfrenta el problema político más amplio: cómo garantizar, ahora sí, una transición estable donde el PRI (o algo que lo reemplace) tenga alta probabilidad no sólo de sobrevivir, sino de triunfar con legitimidad.

Antes de proceder a reformar, sin embargo, es indispensable reflexionar sobre cuál es el problema político que se busca resolver. La propensión natural del sistema sería la de crear interlocutores y nuevos mecanismos de representación a través de los cuales evitar las decisiones difíciles que el país —y el sistema— requieren para su desarrollo.

Hace treinta años, reconociendo el hecho de que el PRI ya no era representativo del total de la población, se crearon mecanismos para facilitar la interlocución política, acción que surtió efectos positivos, como lo muestra el desarrollo institucional de las siguientes décadas. Hoy en día ya no es posible pretender estirar todavía más esa misma política. El hecho de que en 1991 el gobierno, a través del PRI, haya ganado la abrumadora mayoría de las curules por representación directa no implica que haya que inventar una nueva oposición, sino que se debe utilizar a la mayoría legislativa para transformar, desde una posición de fuerza, al sistema político mexicano.

Es un lugar común en gran parte de la prensa mexicana decir que el triunfo del PRI constituye un retroceso político. Naturalmente, cada quien cuenta la historia según le fue en la feria, pero parece excesiva la afirmación de que todo cambió en 1991. Ante todo, la primera pregunta lógica que uno tendría que hacerse no se refiere a 1991, sino a 1988: ¿por qué un viraje tan fuerte contra el PRI entonces? Probablemente por la misma razón por la que ahora se dio el resultado inverso: porque la población entonces estaba harta de la crisis económica y percibía que ésta no tenía fin posible y ahora, en cambio, ve salidas en un futuro previsible. Pero esto no responde al problema central: con una sola excepción, todas las iniciativas de ley que se aprobaron en la legislatura que acaba de terminar fueron producto de la negociación entre los partidos, independientemente de que esto sólo era necesario (obligatorio) en dos ocasiones (las enmiendas constitucionales en materia de reforma política y de privatización de los bancos). Es decir, el gobierno decidió negociar aunque no tenía que hacerlo: ni hubo tan gran avance en 1988, ni tampoco hay tal retroceso en 1991. El problema entonces no es de retroceso sino que los contrapesos y la negociación política seguirán a la merced de la voluntad gubernamental.

¿Cuáles son, entonces, las alternativas? Una evidente es la de no hacer nada. ¿Para qué correr riesgos tan grandes en la segunda mitad de un gobierno tan exitoso. La razón, simple y llana, es que nada garantiza que el éxito sea perpetuo, por más que el cambio estructural haga que los sexenios anteriores nada tengan de relevante como experiencias

válidas para el presente. La otra opción sería la de aprovechar su éxito para reformar al sistema político de una vez por todas. Desde luego, persistiría el problema de qué reformar y cómo, pero es claro que se tendría que tratar de una reforma fundamental en la estructura política y no sólo en algunos de sus procedimientos marginales. La lista de posibilidades teóricas es enorme, pero eso no las hace operativas. Una vista de pájaro sobre algunas de ellas revela la complejidad de esta opción.

Una propuesta popular es la de transferir recursos y, por lo tanto, capacidad de decisión y autonomía, a los estados y municipios. Hay, sin duda, muchos estados que mostrarían una igual o mejor capacidad de administración presupuestal y política que el gobierno federal. Otros, sin embargo, acabarían por sustraer todos los recursos para unas cuantas arcas privadas. En algunos ámbitos y regiones se podrían desarrollar esquemas de pesos y contrapesos que rápidamente llevarán a un esquema verdaderamente democrático; en otros, sin embargo, los cacicazgos llenarían el vacío de poder y se burlarían de lo que el centro gratuitamente les regaló. Claro que para los presidentes municipales que actualmente ven pasar sobre ellos recursos interminables de Solidaridad, cualquier noción de pesos y contrapesos resulta risible. Pero, en el presente, ¿cuántos estados y cuántos municipios podrían efectivamente administrar los recursos en beneficio del bien común? Basta observar las componendas que se hicieron con el ex presidente municipal de Naucalpan, acusado de peculado, para tener pavor de lo que una descentralización rápida de los recursos públicos podría entrañar. Sin duda, la descentralización administrativa es necesaria, pero debe ser precedida de una verdadera democratización a través de un sistema de pesos y contrapesos local. Sin ello, las opciones son aterradoras.

Otro debate importante es el de la reelección. Tema tabú desde el asesinato de Obregón, la reelección tiene aristas terriblemente complejas. Hasta la fecha, el único límite absoluto que el sistema político ha establecido, de hecho desde 1910, es el del período gubernamental. Romper con esta tradición podría ser trágico. Pero el tema debe ser discutido en forma seria. En el Distrito Federal se dio una experiencia extraordinaria

entre 1988 y 1991, que demuestra el potencial positivo de la reelección a nivel legislativo. En 1988 se creó la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, una suerte de poder legislativo para la ciudad de México. Fue verdaderamente interesante observar cómo, por primera vez, tanto los diputados del D.F. como los asambleístas retornaron a sus distritos en forma sistemática a lo largo del período legislativo, algo insólito en la tradición política de los "candidatos golondrinos", que sólo se aparecen cuando hay campaña. Lo que ocurrió en el D.F. fue que muchos asambleístas buscaban la diputación en el período siguiente y viceversa, muchos diputados aspiraban a ser asambleístas para el período 1991-1994. De esta forma, muchos distritos electorales del D.F. conocieron por primera vez lo que es un representante y tuvieron la oportunidad, al menos teórica, de exigir cumplimiento de las promesas de campaña a sus candidatos. Esta experiencia revela que la reelección permitiría arraigar a los diputados y hacerlos efectivamente responsables ante la comunidad, situación que hoy, en el mejor de los casos, es una vaga ilusión. Pero la reelección exclusivamente para el legislativo es peligrosa: su efecto sería el de debilitar a la presidencia más allá de lo que sería razonable. En los países en los que el ejecutivo no tiene posibilidad de reelección pero el legislativo sí, como Perú y Colombia, se termina paralizando al ejecutivo y perpetuando a una casta de legisladores ricos que acaba siendo impenetrable y, por lo mismo, antidemocrática. Por todo lo anterior, la posibilidad de buscar la reelección podría traer enormes beneficios. Sin embargo, en nuestra realidad, por lo endeble de los equilibrios políticos que sí existen y que son cruciales para la estabilidad, esta opción tendrá que esperar a que el resto del esquema político —pesos y contrapesos— haya sido resuelto.

Si no se puede confiar en todos los gobiernos estatales y municipales, entonces ¿se podría intentar una descentralización selectiva? El concepto mismo resultaría aborrecible para cualquier demócrata, aunque la evidencia de unos cuantos estados y municipios que resultarían exitosos podría convertirse en un poderoso magneto para muchos otros. Al cabo del tiempo, podría emerger una demanda política por la descentralización que favoreciera una creciente apertura

política. Quizá, pero ciertamente no es el mejor mecanismo político porque acabaría dependiendo, a final de cuentas, de la voluntad gubernamental y no de un esquema institucional. Además, el tiempo avanza en contra de esta opción para los próximos tres años: el plazo simplemente no es suficiente.

Aunque los votantes en 1988 y 1991 han dado una clara lección política que destruye todos los mitos de falta de capacidad y sofisticación ciudadana, los problemas de la democratización no son menos graves. Mucho se ganaría con sólo hacer absolutamente transparentes los procedimientos electorales a nivel municipal, estatal y federal, lo que resolvería el problema electoral de una vez por todas. Pero hay otras cosas que sí se pueden hacer y que no entrañan acciones totalmente contraproducentes o selectivas en su aplicación.

Primero, se podría empezar por crear un marco legal nuevo, que elimine las contradicciones que hoy persisten y que establezca límites claros y absolutos al poder ejecutivo. Segundo, se podría redefinir la relación del gobierno con la prensa, centralizando la publicidad gubernamental y pagando tarifas directamente vinculadas con la circulación de cada medio. Tercero, se podría fomentar la competencia en el ámbito de la televisión. Cuarto, se podrían crear mecanismos para garantizarle independencia al poder judicial, incluyendo el nombra-

miento de los magistrados de la suprema corte y de los jueces, lo que fortalecería la defensa del ciudadano frente a los abusos de la autoridad. Quinto, se podrían buscar mecanismos que acercaran la justicia a la mayoría de los mexicanos y erradicaran la corrupción que priva en mucho de su administración. Sexto, se podría hacer obligatoria la transmisión televisiva directa de procedimientos tales como los electorales, las decisiones sobre permisos de usos de suelo, los debates legislativos, etcétera, a fin de obligar a los representantes y gobernantes a rendir cuentas a la ciudadanía sobre sus actos. Finalmente, se podrían crear instrumentos para que los ciudadanos se defendan efectivamente de los actos arbitrarios de las autoridades de todos los niveles.

Todas y cada una de estas acciones favorecería la responsabilidad del gobernante frente a los gobernados y facilitaría una verdadera transición hacia la democracia, sin con ello destruir todo lo positivo que ya existe. Al mismo tiempo, se evitaría fortalecer cacicazgos en forma innecesaria.

Algunas de estas acciones se harán inevitables como resultado de políticas que son anticipables, como la de la descentralización educativa, pero otras requerirán de decisiones específicas que poco a poco definan y circunscriban al poder gubernamental. En algunos casos podría avanzarse terreno sobre temas como el de la reelección, por ejemplo, pero di-

firiendo la efectividad de las medidas hasta los años 2006 o 2012, de tal forma que no se preste a dedicatorias mal disfracadas.

Todos estos cambios, sin embargo, sólo podrían ser posibles —legítimos— en el contexto de un acuerdo social que trascienda a los partidos constituidos. En España, el éxito de la transición residió en los acuerdos que se tomaron al amparo del Pacto de la Moncloa, al cual se sumaron todas las fuerzas políticas e hicieron factible una evolución prácticamente libre de interferencias. Precisamente por la fuerza conjunta del gobierno y del PSE en la actualidad es que sería posible un esquema similar. Las grandes aspiraciones de democracia prefabricada son obviamente imposibles en muchos ámbitos de la política nacional. Pero en muchos otros, donde ya se han exacerbado los límites, el potencial explosivo es mayúsculo. Por ello, tarde o temprano habrá que actuar. Temprano, será producto de una estrategia cuidadosa y orquestada. Tarde, como en Guanajuato, será impuesta al gobierno por las presiones de la modernidad, la paz social y la economía global. Todo es cuestión de tiempos y voluntades; pero si no se aprovecha la oportunidad excepcional de este momento en que la capacidad de iniciativa política está tremendamente concentrada, la realidad —y su amiga Pandora— estarán listas para actuar.

RESPUESTA DEL ESCRITOR DEMEDIADO

GUILLERMO SHERIDAN

MÁS QUE UN RECUENTO ("RECUENTO SIFILITICO", *Vuelta* 178), había razones para esperar un diálogo de Gabriel Zaid con algunas cuestiones que propone en "Otras opacidades sobre López Velarde" (*Vuelta* 177), a saber: mis dudas para manejar como causa de la muerte de LV una depresión por *quebra* política, económica y amorosa; el repaso de la hemerografía sobre su estado de ánimo anterior a la muerte; las nociones sobre la epidemia de sífilis y sobre la subsecuente cultura de la sífilofobia; el desciframiento de una estrofa de "Ánima adoratriz" en la que LV reconoce en su sangre la

cárdena quebra (la sífilis) del marqués de Priola.

Tenemos en cambio un recuento tan parcial y amañado que no me lo hubiera imaginado en la aljaba de Zaid. Escribí yo: "Si hasta ahora nada prueba que LV tuviera sífilis, hay un dato que me condujo a postularlo *casi* como una certeza". Zaid amputa el condicional y edita: "Sheridan admite que *hasta ahora nada prueba que LV tuviera sífilis*". Sin comentarios.

Persistir en estas dilucidaciones es inútil, cansado y hasta ridículo: lo único que se logrará es enfadar a los lectores.

En sus primeras "Aclaraciones" (*Vuelta* 175), Zaid pregonaba con razón: "estamos lejos de tener descifradas sus metáforas y su biografía". Pero cuando alguien más procura avanzar, Zaid se irrita. He tratado de abrir la discusión a terrenos propicios y lamento que Zaid se niegue a considerarlos siquiera.

Desde que se inició esta discusión, Zaid me trata como poco menos que un difamador, asume la fiscalía y convoca testigos de cargo. El único riesgo es que el siguiente paso sea catalogar la curiosidad biográfica —literaria como un crimen. Hay un gesto definitorio de esta

actitud: *Vuelta*, dice Zaid en su "Otra aclaración" (*Vuelta* 176), no debería haber publicado mi respuesta al artículo del Dr. Pérez Tamayo (que sí le pareció "utilísimo"), sino "señalar que ese mes de junio de 1991 se cumplían setenta años de la muerte de López Velarde". No hay que discutir a los héroes; hay que celebrarlos. Zaid decide, piramidalmente, que todo se quede quieto, o que sólo a él corresponde decidir si algo debe moverse, o que es su privilegio decidir quién puede hacerlo. Zaid me descalifica porque conjeturo y no aporto "pruebas" (es decir, la única prueba: un documento público que diga "LV murió de enfermedad secreta"), pero no deja, a su vez, de conjeturar y de ocultar las suyas. Considera que el acta de defunción redactada por el Dr. Pedro de Alba es prueba documental (y solicita que se reproduzca en *Vuelta*) sin conceder que puede ser documento parcial dada la índole del mal y su amistad con la familia (y sin conceder que el disimulo del mal, entonces como ahora, traduce la ética del médico en deferencia). Me descalifica también porque no doy los nombres de las personas que me comentaron que "corría la especie" de que LV había padecido la enfermedad, pero no corresponde enterándose de los testimonios que otra persona le investiga para refutar su propia conjetura sobre la depresión. Es obvio que no voy a nombrar a mis amigos, porque no estoy dispuesto a poner en duda, si aceptara la provocación, la validez de una honra que Zaid no sabe "a qué viene" y que no avalo yo, en todo caso, sino, precisamente, mis amigos. Además, como se verá en un momento, esta demanda ya no tiene caso.

Pero Zaid, que pide nombres, también los posterga. Dice en sus primeras "Aclaraciones": "Se ha hablado últimamente de sífilis..." ¿Podría decir quién o quiénes se ocultan detrás de ese impersonal, quién más lo ha dicho? (No creo que me haya tenido en mente sólo a mí.) Agrega que no se había hablado de sífilis "hasta 1980". Puesto que yo lo hice en 1989, ¿podría decir quién lo hizo antes?

Más allá del repaso que hace de las cifras de contagios y muertes (reportados)—Zaid se afana en olvidar la relatividad de estas cifras, dado el carácter "secreto" de la enfermedad y su naturaleza, en ese tiempo, de "gran simuladora"—me extraña que no haya detectado la con-

tradición entre su afán de minimizar el problema epidémico y la decisión del Dr. Gastélum de considerar a la sífilis, en el México de entonces, una amenaza a la "garantía social" en la Conferencia Panamericana de Directores de Sanidad Pública. Según Zaid no había epidemia; esto lo demuestra (según Zaid) el trabajo de un científico sobre la epidemia.

Zaid pasea por las cifras y los porcentajes y se alegra de encontrarme un error: que en el primer trimestre de 1926 encontré 200 muertes por sífilis. Escribe: "las cifras no están donde dice que están: *Boletín del Departamento de Salubridad Pública*, I, 1926, p. 298 y ss. De la página 298 a la 304 hay diversas cifras relacionadas con la sífilis para el primer trimestre de 1926, pero no las que él cita". Tiene razón. Pido disculpas. Me equivoqué, pues no son 200 las muertes en ese trimestre, sino 299 (como lo comprobará Zaid si visita, en ese mismo volumen, los cuadros de las páginas 390 y 391, a las que no llegó y que sí están donde están—lo que ciertamente no está donde Zaid dice que está es el famoso discurso del Dr. Gastélum).

Pero en todo caso Zaid le regatea el mismo rigor matemático a otra estadística más pertinente para entender a LV, quien pertenece a lo que hoy se llama un "grupo de alto riesgo" (por promiscuo; por tener, como demostró el Dr. Pérez Tamayo, una blenorragia crónica que aumenta el riesgo de infección): el porcentaje de contagios entre las prostitutas. Menos aún a la única estadística que sobre su erotismo levantó López Velarde: "He besado mil bocas, pero besé diez frentes" ("El perro de San Roque"). Concedamos que Gastélum exageró, o que hubo un error en la información, y que sólo, digamos, el 10% de esas veintemil prostitutas tenía sífilis; pensemos también que LV fue retórico, o hiperbólico, y que no era cierto aquello del día que se le iba sin oficiar, y que se ofició sólo a cien señoritas y no a mil: quedan todavía diez para transmitirle el mal.

Aparentemente Zaid prefiere olvidar lo que LV no sólo no olvidaba sino declaraba (y ejercía): una frenética, morbosa fidelidad a mil prostitutas, que se oponía a su espiritual adicción a diez mujeres (madre y hermanas incluidas), problema que puede ser contraproducente olvidar a la hora de, como él quiere, descifrar metáforas y biografía.

Pero cuando Zaid no edita, olvida; y cuando no olvida, ignora.

En mi respuesta anterior (*Vuelta* 177), procuré abreviar una serie de cuestiones que Zaid decidió ignorar, como se deduce de su "recuento". Quizá porque no se sabe "a qué viene" mi honra, soy un escritor que se las arregla para que, de lo que escribe, sólo se lea la mitad: un escritor demediado (lo cual no deja de honrarme, dado el precedente del vizconde).

Así, Zaid habrá dejado de leer esta réplica hace algunos párrafos, pero igual comentaré un envío que recibí el 26 de agosto del Dr. Héctor Pérez-Rincón, psiquiatra, editor de la revista académica *Salud mental*, órgano del Instituto Mexicano de Psiquiatría, y ensayista sobre las relaciones entre la psiquiatría y la literatura y las artes en diversas publicaciones nacionales e internacionales.

Contiene dos cosas: una carta en la que dice "a mí me parece muy claro que el doctor (Pedro) de Alba quiso evitar el oprobio que en esa época representaba la enfermedad" (narra el antecedente de cómo el Dr. Raúl Fournier, según Olivier Debrosse, disimuló en el acta el verdadero motivo de la muerte de Abraham Angel), y la copia de un artículo de su autoría publicado en *Plural* en agosto de 1989 titulado "Los señalados por la diosa".

Me apena que ninguno de los involucrados en esta discusión conociéramos antes este artículo que, me comenta el Dr. Pérez-Rincón, también le remitió a Zaid. Pérez-Rincón comienza por preguntarse por qué, durante el centenario, "ninguno de sus estudiosos ha considerado importante ocuparse de la causa (de la muerte de LV)" y se contesta, precisamente, con unas palabras del Dr. Pérez Tamayo: porque "la idea de cultura de nuestra sociedad mexicana contemporánea no incluye a la medicina". Después de comentar "La flor punitiva", el Dr. Pérez-Rincón propone que López Velarde tenía sífilis (así que, por lo pronto, no soy yo el único en decirlo; el "que yo sepa, nadie había escrito tal cosa" de Zaid se modifica; se demuestra que el rumor de que LV padecía sífilis no es ni de mi invención ni de mi exclusividad).

El Dr. Pérez-Rincón escribe de la sífilis de LV como de un hecho sabido. Piensa que la afección, que puede lesionar el aparato cardiovascular, "parece ser el caso del zacatecano". Consultado por mí, explica que su certidumbre se

deriva tanto de la lectura de LV como del hecho de que tuvo relación con médicos y escritores de la época que le hablaron de sífilis en López Velarde; médicos y escritores que, por razones de discreción y de ética profesional, prefieren no nombrar.

El Dr. Pérez-Rincón termina aportando datos interesantes sobre la personalidad del Dr. Mario Torroella, a quien está dedicada "La flor punitiva", quien fue médico de poetas y artistas antes de especializarse en pediatría en París y a quien conoció y trató. (El Dr. Pérez-Rincón, por cierto, duda que "La flor punitiva" descarte la sífilis. El título, dice, es un tipo de metáfora floral que constituye un lugar común entre especialistas —la rosa de Hanoi, por ejemplo— para referirse a las lesiones venéreas con un tropo morfológico que sería imposible aplicar a la blenorragia.)

Finalmente, Zaid insiste en que cómo puede ser que durante sesenta y ocho años no se haya dicho nada sobre esto. Los Gonzaga y el marqués de Priola estaban ahí desde el principio, pero había que descifrarlos como vocales del *leit-motiv* de la sífilis. (*Leit-motiv* porque esta imagen que otorga el verde clorótico al espíritu y el cárdeno sífilítico al cuerpo será retomado en "Treinta y tres", poema poco anterior a la muerte, donde Mahoma le sigue tiñendo al poeta "verde el espíritu y la carne roja".) Sesenta y ocho años, por otra parte, es bien poco en materia de historia médico-artística. Tengo dos casos a la ma-

no: el Dr. Eric Sams certificó la sífilis de Schubert ciento cincuenta y cuatro años después de su muerte; el Dr. Jonathan Newmark hizo lo propio con Smetana ciento siete años después.¹ Revise Zaid el capítulo "Une maladie bien bourgeoise" en *Le mythe de Rimbaud* de Etiemble (N.R.F. París, 1952, pp. 228-231), para que aprecie que este tipo de discusión no es ni grave ni extraordinaria. Rimbaud se murió de artritis, de reumatismo, de tuberculosis, de cáncer y también de depresión hasta que Etiemble desmontó la elaborada maquinaria de ocultamientos construida por Isabelle Rimbaud y comprobó la sífilis en 1952 ("Il serait aussi ridicule d'en ternir sa mémoire que de farder la vérité"). En pocas palabras: nada, en teoría de la historia, contempla la edad de los datos como modificador de su pertinencia.

Solicito a Zaid que lea mis respuestas completas. Si cree que aportan ideas y datos para "aclarar" a López Velarde me dará gusto. Yo sí creo que sería interesante precisar en su adecuado marco histórico el problema del terror a la herencia; estudiar de qué manera el ingrediente sífilítico pudo intervenir en los procesos creativos de López Velarde; de qué manera el *leit-motiv* cardíaco (o cerebral) se altera bajo la óptica de la enfermedad; de qué forma eros y tánatos se precisan en su obra con este nuevo elemento; inventariar la farmacia López-Velardeana; considerar el manejo metafórico de la cultura de la enfermedad en toda su obra poética y literaria.

Así pues, si lo que dio origen a esta discusión fue que un personaje de mi libro dijera "¿Sífilis? No sabría decirlo", la "Otra aclaración" de Zaid me llevó a decir que, gracias a sus cuestionamientos, me hallaba *casí seguro* y ahora, a causa de su "Recuento sífilítico" puedo decir: *no hay duda*, LV es el uno de su porcientos.

Si Zaid prefiere que el héroe se quede en su pedestal y que mejor celebremos sus aniversarios, no tengo más que decir. En un artículo de 1979,² Zaid explicó que el poder literario

opera por su propia eficacia, depende del asentimiento del otro, se anula en cuanto trata de vencer en vez de convencer. El poder de un argumento está en el argumento, en la eficacia con que suscita el ¡claro! No tiene como *última ratio* la coacción sino la conciencia convencida.

Yo asentí a pagar con argumentos la invitación a discutir que me hicieron Zaid y el Dr. Pérez Tamayo. Como no encuentro un asentimiento equivalente, debo considerar que mi participación en esta polémica no ameritó atención y me retiro de ella. Zaid fue quien dijo que podíamos "leer mejor a López Velarde".

NOTAS

¹ William B. Ober M.D., "The other side of Schubert", *Classical Overtones*, II, 6; Jonathan Newmark M.D., "Smetana", III, 2.

² "El poder literario", en *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, pp. 83-84.

CLAROSCURO

JAIMÉ MORENO VILLARREAL

"OTGO VOCES", DICE ALGUIEN, Y LO QUE escucha es el espíritu. Es incorporea la voz, se desprende del cuerpo, un hábito que funda la comunión. Quizás un buen cantante no sea sino alguien que cura el alma. La voz en claroscuro destila su entraña, como esos cuadros de Caravaggio donde la profundidad cerrada concentra en luz la carne, trasfondo —aire que escapa de la cárcel de carne— que aspira a la claridad. Así la escritura entre equívocas visiones se hace visionaria.

Escribiendo, alguien puede pasarse la vida en busca de su "voz propia".

Se distingue tópicamente entre la inspiración y el oficio; correlativamente, en inglés existe la solución de *inspiration* en *perspiration*. El hábito de la esterilidad, el nimio triunfo del párrafo acabado son esfuerzos físicos. Escribir es precisamente afrontar la dificultad de escribir; aún cuando se la evada siempre está ahí, por más que vencida siempre vencedora. Todo lo contrario de la

inspiración —sabemos que existe. ¿Existe? Acude como un don de lengua. El espíritu habla a través de él, y ya no se posee más a sí mismo. A veces, en horas de trabajo, se manifiesta esa llama, una lengua de fuego, una flama sobre la frente, todo fluye como un largo aliento que nos habla al oído, pero que quizás es sólo humos de la estimable cafeína o la inspiración del momento de una bebida espirituosa. Experiencia de una facilidad superior, la lucidez no es cómoda,

ni el arrebato llano. Pero se puede ser claro, reza la mitología. La dificultad consiste en no saber escribir lo que se está escribiendo. En literatura, si el enunciado es literal, la transparencia es opaca.

Habría que hablar entonces sobre la dificultad de la inspiración, sobre su claroscuro —es decir sobre el reforzamiento de las sombras que da relieve a las imágenes, la negrura en torno de la insosportable claridad. La presentación del pensamiento en penumbra recuerda a Caravaggio, quien pintaba en el encierro negro, y sólo dejaba caer un rayo de luz sobre el cuerpo para acentuar los contrastes. A esa forma de visión contraría al buen gusto se le identificó con una verdadera imitación de la naturaleza: Caravaggio es el naturalista por excelencia; sostenía que sus trazos de pintor no eran suyos, sino que pertenecían al modelo. Inversión de la inspiración. Ya no es el espíritu lo que imbuye al pintor sino la materia.

Es algo muy interior lo que propone el claroscuro: que la luz hiere. Caravaggio tomó al pie de la letra la lesión de lo real en las imágenes. Planteaba una especie de facilismo que consistía en pintar directamente sobre el lienzo sin dibujar, mientras que la escuela romana localizaba la inspiración divina en el *disegno*; privilegiaba el modelo sobre la "historia" (la iconología), lo que atentaba no sólo contra un oficio consagrado sino contra el Espíritu, pues colocaba en un plano subalterno la conformidad de las figuras con los textos —o por lo menos la memoria y la tradición que se transmitía en el ejercicio de las imágenes. El Espíritu Santo inspiraba el trazo del dibujante que él suprimió a pinceladas.

En su primer tratamiento de *San Mateo y el ángel*, Caravaggio le da un vuelco a la inspiración del mensaje evangélico. Dijo Jesús a sus discípulos: "No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros" (Mt, 10 - 20). Pero en este cuadro el evangelista aparece como un hombre para quien la escritura es una actividad tremendamente difícil. ¿Qué es lo insosportable? No poder servir de apoyo a lo que ha de sobrelevarse. Torpeza del escribiente que apenas puede sujetar pluma y libro, y que traza sus letras incómodamente, mal sentado, acaso como un artífice.

En el claroscuro, San Mateo lleva la

parte de las tinieblas alumbradas. El ángel le guía la mano con ligereza y gracia, y los caracteres quedan elegantemente trazados sobre la página. El evangelista es menos que el instrumento, apenas un recurso que desde luego no clarifica la posesión por el espíritu. Torvo y nudoso, San Mateo, con las piernas descubiertas, lanza su pie hacia el frente, hacia la representación —la representación está siempre de este lado— como en desesperado equilibrio o duda de la imagen de sí mismo. Y el puntapié efectivamente cruza a esta parte, acto reflejo de insostenible postura. La obra quiere pasar radicalmente a este mundo.

No es el único caso en que Caravaggio transgrede el vano del cuadro; gusta de hacer sobresalir o asomar aquello que ponga en duda la exterioridad, porque ésta es también una apariencia. Cuenta una leyenda de su tiempo que en un cuadro que colgó junto al de su rival Giuseppe d'Arpino pintó un enano (o un gigante) que mirando hacia ese cuadro vecino "saca la lengua, como queriendo mofarse de esa obra." Cuando Caravaggio transgrede las dimensiones suele poner a vacilar en el límite exterior la figura (como el canasto de frutas en *La cena de Emaús*, que refuerza con modestia pero también con inminencia la mano de Cristo perpendicularmente proyectada) para que caiga fuera — adentro.

El primer *San Mateo y el ángel* resultó inaceptable para el fin al que estaba consagrado. La datación de la obra es problemática. Pudo haber sido pintada entre 1590 y 1600 y estaba destinada a un altar. De hecho, el cuadro marcaba el ingreso del arte naturalista de Caravaggio al mercado de los encargos religiosos. Cuenta Pietro Bellori: "Sucedió una cosa que hizo que Caravaggio casi diera por perdida su reputación, y fue que los sacerdotes retiraron del altar el San Mateo, su primera obra expuesta en lugar público, diciendo que aquella figura sentada con las piernas cruzadas y los pies torpemente descubiertos a la vista de todos no tenía decoro ni aspecto de santo."² Hay una elemental inconveniencia en este rudo evangelista que pareciera trazar sus primeras letras precisamente al tiempo que transcribe la palabra de Dios. Si nos atenemos al canon, San Mateo habría sido un publicano instruido en números y letras; Caravaggio contradice el buen tono y a la tradición. Por otra parte, ese ángel adolescente y

equivoco desvía la naturaleza de la Sagrada Escritura, que debería ser inspirada, y no inducida como si se extrajera el autógrafo de un testafiero ignorante.

Aunque Walter Friedlaender consideraba dudoso que el cuadro haya escandalizado grandemente en su momento y fuera oficialmente rechazado por la Iglesia,³ la crítica en general lo ha juzgado como fallido. Caravaggio realizó una segunda versión, que fue bien aceptada, mientras que la primera fue adquirida por Vincenzo Giustiniani, de cuya colección pasó a Alemania en 1815. Quedó expuesto en el Kaiser Museum de Berlín, en donde habría sido destruido en 1944 - 1945. El fuego de un bombardeo aéreo incendia y tizna el claroscuro inaceptable de esa imagen hasta extinguirla en cenizas.

Hay un plausible predominio de la sombra —ignorancia o brutalidad: Caravaggio fue acusado de ambas— en ese claroscuro. Pero luz y sombra poseen su prestigio teológico, y el triunfo del naturalismo casa con la metáfora de una luz victoriosa en las tinieblas, tan cara a las ideas de revelación y salvación cristianas. Caravaggio pertenecía a la oscuridad, según lo retrató Bellori: "La manera de pintar de Caravaggio se correspondía con su fisonomía y aspecto: era de tez oscura, y tenía oscuros los ojos, negras las cejas y el cabello; y eso, naturalmente, se reflejaba en su pintura. Su primer estilo [fue] dulce y de colores puros [...]. Mas luego cambio a su manera oscura, a la cual le impulsaba su propio temperamento, como su forma de ser era también turbulenta y pendenciera [...]"⁴ Ese lado oscuro correspondería con el uso que hacía de la cámara oscura, donde apenas asilaba un rayo de luz; y esa violencia de carácter, con el violento contraste entre luz y sombras que se llamaría a partir de él "luminismo". La condena oscura de Caravaggio es no menos teológica. Dice el propio San Mateo: "La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo será tenebroso, pues si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué tales serán las tinieblas!" (Mt, 6, 22 - 23)

Contra la opinión de que Caravaggio habría dado marcha atrás en su segunda versión del cuadro, creo que insiste en su puesta en duda de la imagen, es decir de la escritura, si bien obedeciendo

a una exposición más convencional del tema. "Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo [...]" (Mt, 10, 27). Efectivamente, las Escrituras habrían sido dictadas, y el segundo *San Mateo y el ángel* es un hermoso si bien tardío ejemplo del *ars dictaminis*, o arte del dictado de cartas, que es en sí el arte del evangelista.

Aquí el ángel ya no se rebaja a guiar la redacción, sus graciosas manos que contrahacen festivamente el vínculo del hombre con la divinidad, de Miguel Ángel, más bien enumeran los hechos que narra al publicano, quien sabe tomar la pluma —la moja ya en el tintero—

cuando oye esa voz que proviene de lo alto. Pero de nuevo la postura le es incómoda; Caravaggio corrigió pero al cabo impuso el desequilibrio, que vuelve a inclinarse hacia la duda sobre la escritura, hacia la dificultad de la inspiración. Mateo apoya su pierna sobre un escalón que se inclina peligrosamente hacia esta parte, como si se hallase no sobre un escalón sino en una tarima de teatro, a punto de caer, dando fin a una insostenible representación.

NOTAS

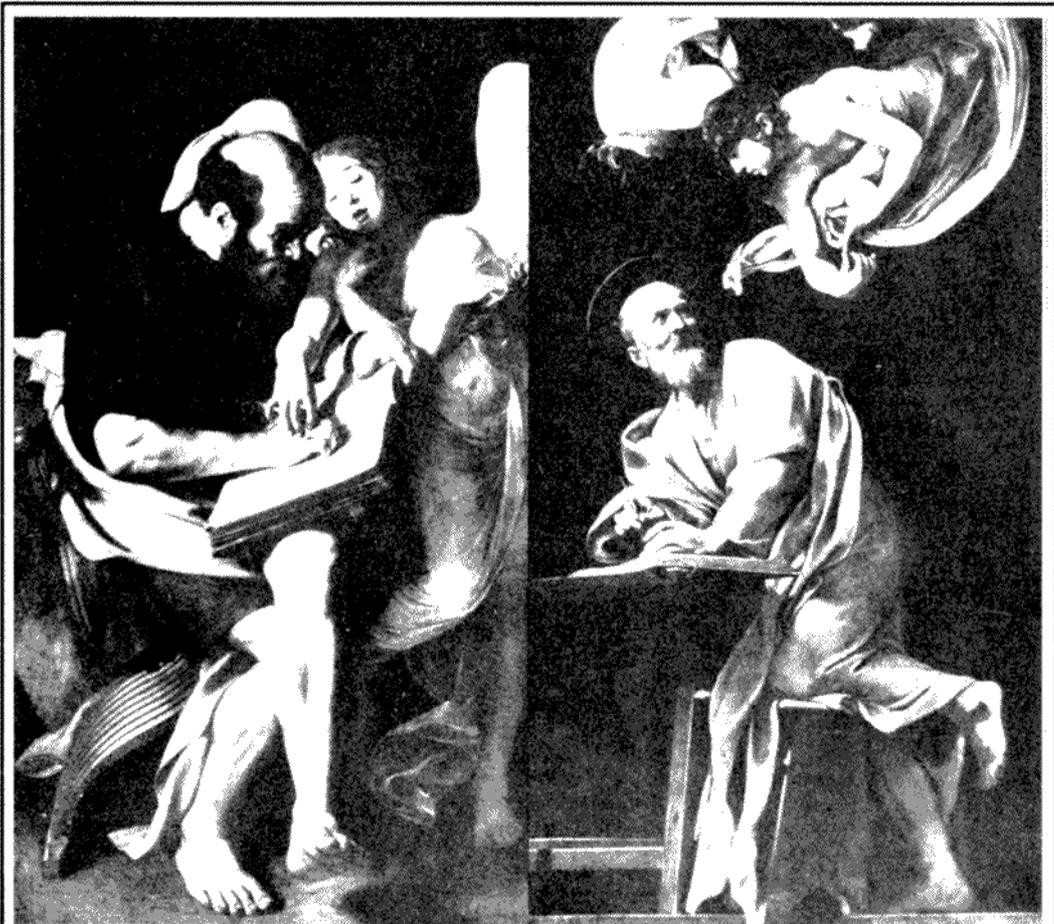
¹ Karel van Mander, biógrafo holandés de Caravaggio, cit. por Walter Friedlaender,

Estudios sobre Caravaggio, Madrid, Alianza Forma, 1982, p. 300.

² *San Mateo y el ángel* fue realizada para la Capilla Contarelli de la iglesia de San Luis de los Franceses, de Roma, en donde Caravaggio finalmente colgó tres cuadros: la segunda versión de *San Mateo y el ángel*, *La vocación de San Mateo* y *El martirio de San Mateo*, que aún pueden admirarse en su emplazamiento original. Las biografías de Caravaggio que escribieron sus contemporáneos Pietro Bellori, Giovanni Baglioni y Karel van Mander han sido recogidas íntegramente en versión bilingüe, junto con copiosos documentos y testimonios, en la obra de Walter Friedlaender.

³ "La Capilla Contarelli", en *Ibid.*, p. 139.

⁴ *Ibid.*, p. 294.



Caravaggio, *San Mateo y el ángel*, primera versión. Destruído.

Caravaggio, *San Mateo y el ángel*, segunda versión. San Luis de los Franceses, Roma.

*Preguntas por qué tengo tanta rabia en el corazón
Y sobre un cuello flexible una cabeza indómita...*
Nerval, "Antéros", *Las quimeras* (1854)

PARÍS EN AGOSTO, ASOMBRADO POR AZNAVOUR. Los 75¹ continúan su análisis, no tanto en el extranjero —la Crisis tiene sus razones— como en la Francia proutada: las capillas de Champaña y los castillos de Auvernia, los repechos borgoñones, los bosques de Gascuña, los sotos del Berry, las playas de Charente, los claros del Loiret, los pámpanos negros de Tolosa, los surcos rojos de Arvor. (O bien, un metro cuadrado de thalassa con petróleo, rentado en Palavas — les lols: *As you like it.*)

"¡Qué surrealista!" oí decir esta mañana frente a la siguiente inscripción: Pan especial tostado dietético con soya enriquecido con proteínas. No, no es un premonitorio verso de Hugo Ball o Isidore Isou. Hace tiempo que el surrealismo entró en las costumbres. La economía, la política, la tecnología, la publicidad, los video — clips, la moda, los últimos artilugios, todo es "surrealista". El destino de esta palabra me recuerda el desabrimiento, el hartazgo, la neutralización progresiva del romanticismo: "El romanticismo banal, que habría de expandirse y vulgarizarse hasta arrullar con su pequeña música el fácil sentimentalismo de la burguesía alemana, tomó prestado su aparato poético a Heine y a través de él, al más gracioso de los grandes líricos románticos: Eichendorff" (Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*). En cuanto a la recuperación, nuestro siglo ha hecho mucho mejor las cosas. Es más sutil, más taimado —ni siquiera hay epígonos de la última manera de Aragón.

Buena oportunidad para volver al Principio. Beaubourg, quinto piso, Gran Galería: "La belleza será convulsiva", dice el boleto de entrada, bajo la forma de una tarjeta perforada. "Tronando en lo azul como una esfinge incomprendida", un inmenso retrato de Breton: arcángel tenebroso, con mirada orgullosa y crin

rebilde. Veo de nuevo su departamento en Pigalle:

Protegiendo el taller de la rue Fontaine
Se encuentra aún el retrato de Baudelaire.

"Hierático y hermoso", dijo Adrienne Monnier en sus recuerdos, *Rue de l'Odeón*. Con todo, la librera esclarecida de "Los Amigos del Libro", anotó: "No dejaba de mirar las líneas de la mano de André Breton, algo me turbaba sobre todo: la extravagancia de la línea de la cabeza, que indicaba, claramente, la predilección del sujeto por la locura; confieso que esto me daba un poco de miedo". No fué el único:

"Como la generación de los melancólicos el patio de juegos", escribiría Char. La exposición del Centro Pompidou puede seguirse, como las diversas fases de un torneo de ajedrez:

Heráclito versus Demócrito

I REY (blanco)—lo Imaginario.

*Lo imaginario es lo que tiende a ser real. El bada con grifos de Moreau y La encantadora de serpientes del Aduanero Rousseau contemplan, sobrecogidas, las estatuas de África, Oceanía, la isla de Pascua. Un hombre —lagarto, como un dios itifílico. Se escucha la *Rapsodia negra* de Poulenc. En un espejo, agrandados miles de veces, los ojos de hehecho de Nadja.*

II REINA (negra)—la Revuelta.

*Su mayor deseo hubiera sido pertenecer a la familia de los grandes indeseables. Sí, el acto surrealista más simple sería, ahora y siempre, salir armado a la calle y disparar sobre todo lo (humano) que se mueva. Como Jarry, quien revólver. El revólver con cabellos blancos. Mueran el Sable y la Sotana. ¡A la perrera, la familia! Libertad a los presos, disolución del ejército. Abramos el diccionario al azar: Dada. Tzara. Pansaerts: *El pampam en el culo del negro desnudo*. Pierre de Massot y la apología del desierto, uno de los escritos más bellos de la rebelión universal. ¡A saquear los museos! (En la *Quinzaine Littéraire* del último 16 de*

mayo, Annie Le Brun se subleva contra la exposición de Breton. El fuego sagrado incuba todavía). Cubismo: desmontar lo "real"; recortes de periódicos: desmontar lo cotidiano. Un cuarteto de punta (Breton, Aragón, Eluard, Soupault) y tres tríos infernales:

El incendiario: Char, Desnos, Péret.
El iconoclasta: Artaud, Bataille, Leiris.
El irreducible: Cravan, Rigaut, Crevel.

(N.B. Estas categorías no se excluyen mutuamente —y no incluyen francotiradores.)

El gran juego: Sexo — Sacramento — Escatología (y la Muerte para conjugarlos). Los grandes libros sulfurados: desde *Historia del ojo* (Bataille, 1928) hasta *Era del hombre* (Leiris, 1939). Entre ambos, menos conocido, Crevel y *El clavecín de Diderot* (Éditions Surréalistes, 1932). Hagamos tabla rasa del presente. Con metralla roja. Dentro de la tradición de Jarry (*De la pasión considerada como carrera cuesta arriba*), los golpes más hermosos se reservaron para la religión: "En el huerto de los olivos, su inconsolable soledad tuvo sed de apurar el cáliz hasta el final, es decir, de mamar hasta la última gota de espermia todos esos miembros viriles...". Nada detendrá a Crevel. Y pensar que este libro tiene apenas sesenta años.

*Sólo la rebelión es creadora de luz. El Padre: Lautréamont, ese Sol Fulminado, "Agresión y poesía nerviosa" (Bachelard). Es posible que Ducasse se haya inspirado en el Lautréamont de Eugène Sue, de cualquier modo, hizo *El Otro*. El Hijo (indigno): Rimbaud y la perturbación de todos los sentidos. El Espíritu Santo: Apollinaire y *Las tetas de Tiresias*; el inventor del Nombre. Precursores inmediatos: Roussel y Vaché, ajeno y opio. Remate: Duchamp expone un mingitorio, *Fuente* (inflamadas exclamaciones florentinas, entrecortadas onomatopeyas niponas a mis espaldas). Los bocetos de Picabia y Miró compiten entre sí. Man Ray opta por la fotografía *terrorista* (rostros de mujeres aterradas, la escena del ojo y la navaja de rasurar,*

en la película de Buñuel). La *Marquesa Casati* nos recuerda que la gran fotografía es tan rara como la escritura automática digna de ese nombre (todas la vacas sueñan, Aragón *dixit*, pero no todas sueñan que ven pasar trenes). La danza de Saint-Guy: los pequeños homínidos vermiformes de Tanguy, Masson (y Michaux, excluido de la exposición por ser refractario a todas la etiquetas). Meret Oppenheim volteaba dos zapatos de mujer, decoraba con cintas los tacones de aguja: apetitosos muslos de ave. Dalí aumenta la puja de la provocación y el priapismo (*Guillermo Tell*). Todo sirve para descargar la rabia: "Si pudiera disparar el tiro de gracia a todo este laberinto de ilusiones, si estuviera en mis manos sumergirlo en el mar libre y el viento del Norte, si pudiera quemarlo con fuego y purgar la tierra de él, entonces ¡el suelo del mundo sería tan apasible y limpio!" (Breton, no: John Cowper Powys). Todavía faltaba una armazón conceptual.

III TORRE (blanca)—Móvil (individual). *Berggasse, 19, Viena* ¿Podría usted pasar el lunes, a la hora de la consulta? Firmado: Freud.
"El descubrimiento más crucial de este siglo."

IV TORRE (negra)—Móvil (colectivo). La izquierda hegeliana, de Feuerbach a Marx. Octubre rojo. Más aún: la tradición libertaria (Stirner, Bakunin, Ravachol) y los utopistas, Fourier en primer lugar—el Rodeo Absoluto.

Las ideas no guían a los hombres: Líbido y Lucha de Clases. Se invierten las líneas (Precaución Hombres Trabajando): *La revolución surrealista se convierte en El surrealismo al servicio de la revolución*. Crónica de una pasión: fusión. Desprecio. Enredos: el caso Aragón. Acomodos. Ruptura (*circa* 1950, cuando "el comunismo se confunde con el stalinismo").

Queda la Bandera Negra.

Quedan los Grandes Transparentes.

V CABALLO (blanco)—el Sueño.

El menor sueño es más perfecto que el menor poema.

Chimeneas muertas, arcadas vacías, manos de maniqués, estatuas amenazantes, esferas inmóviles, ojos cerrados, crepúsculos a mediodía. Miro un cuadro triangular, junto a mí, un hombre con monóculo: Chirico. (Pero no se escucha

La muerte de Niobé de su hermano, Alberto Savinio). En una esquina, huérfano, un lienzo de Max Ernst parece resumir todo: *Los hombres no sabrán nada*. El cielo está vacío, el hombre, aproximativo (Tzara). ¡Qué baratillo! dice una joven visitante a su *boy-friend*.

VI PEONES (blancos o negros, a profusión)—el Humor.

La cortesía de la desesperación, así como la asonancia es el pudor de la rima.

VII CABALLO (negro)—el Azar.

Independientemente de lo que suceda o no suceda, la espera es magnífica. (Dos versos de Emily Dickinson llaman discretamente a mis tímpanos:

"Retener no da fruto
- Estremezco de esperar.")

Breton en su más puro elemento. Pez soluble. Los cuadernos de 1920, en la época del hotel de los Grandes Hombres, plaza del Panteón, con Eluard, cuando acostumbraba dejar la puerta del cuarto abierta durante la noche. Azar de paseos interminables. Una granja prosperaba en pleno París. Insólito. Transfiguración: *La Torre Saint-Jacques* de Brassai y la capa negra de Nicolas Flamel. Novalis: *Himnos a la noche*. Encuentros. Coincidencias. Azar objetivo (referencias obligadas: Hegel, Engels): *emisarios* del

VIII REY (negro)—el Amor.

Magritte y Delvaux (ausente) compiten en desnudos redundantes. La immaculada concepción, la unión libre, el amor loco. También: lo mejor de Eluard, de Desnos y de Soupault, "alivio" de Char y sus alejandrinos que quisieran pasar de incógnito: "En las calles de la ciudad está mi amor. No importa adónde vaya en el tiempo contado. Ya no es mi amor, cualquiera le puede hablar. Ya no recuerda quién, exactamente, la amó".

Altar para Elisa. Para Breton, la mujer "abre las puertas de la surrealidad" (Beauvoir). Tabernáculo del amor pasión:

"El satín de las páginas que vamos pasando en los libros moldea una mujer tan bella..."

Miro su pequeña escritura aplicada, minuciosa. Poesía preciosa, encanto volátil como los antiguos frascos de violeta. Prosa estrictamente vigilada (incluido en las "entrevistas", con respuestas

cuidadosamente redactadas), de aspecto, en ocasiones, encorsetado. ¿Breton? Un hermoso clásico, dirá Etienne y añade: ¿el León de Pigalle o el Águila de Meaux? Es cierto que hay algo de Bosuet en la manera —y el *esfuerzo*— de Breton. Y algo de Cicerón en las volutas de la argumentación, en el arte de asestar el final de los períodos, en la guillotina de las cláusulas. Con todo, la poesía acecha a la vuelta de la página.

No se busque la Belleza Convulsiva fuera del amor loco y el culto a lo maravilloso. Erótica —velada, explosiva— fija, mágica —circunstancial: unión de los contrarios, Punto Supremo. A la pregunta: ¿Absurdo o Misterio? Sartre y Bataille optan por el absurdo, Malraux y Camus oscilan, desesperadamente, entre los dos polos y Breton despierta a todos: él escoge lo Maravilloso *contra* el misterio. Lo maravilloso, esa "revelación privilegiada de la realidad... el ensanchamiento de las escalas y las categorías de lo real" (Carpentier). Maravilloso: religión de lo real transfigurado, búsqueda del *oro del tiempo*. De allí la fascinación por el pensamiento salvaje y el arte primitivo. Y por México, tierra predilecta del surrealismo. Se dedicó una sala entera a la estancia de Breton en México durante la Segunda Guerra: Coyoacán, desde luego, recuerdos de Trotsky, Rivera y Frida Khalo ("una cinta alrededor de una bomba") y quizá más profundamente, los grabados de Posada, las esculturas precolombinas de la Costa del Golfo, el arte popular —véase la calavera de azúcar en la revista *Minotauro*—, las fotografías de Manuel Álvarez Bravo, la pintura de Tamayo y Gironella...

IX REINA (blanca)—la Poesía.

Tiene todo el tiempo frente a sí.

Cierto, ya que oculta y genera, siempre por primera vez, su propio tiempo, ya que secreta el instante puro. Magia de palabras desembarazadas de su idioma, Coleridge:

In Xanadu did Kubla Khan

Y Verlaine da el contrapunto:

En un palacio, oro y seda, en Ecbatane...

Poesía, Arcano 17, sordamente mágica. *Sordamente*. Es aquí, tal vez, donde el zapato aprieta. La poesía de Breton es exclusivamente visual (Maurice

Nadeau). Ahora bien, el autor de *La llave de los campos* afirmaba que "los grandes poetas han sido 'auditivos', no visionarios". Bachelard, por su parte, observó, al analizar la obra de Lautréamont, que no es de ningún modo "una poesía visual de formas y colores". Es toda la diferencia entre el pintor y el músico: el poeta, como el compositor y el intérprete, es *todo oídos*. Incluso la definición de la imagen surrealista, inspirada en la poética de Reverdy, favorecía el artificio, al *instituir* (¿forzar?) el acercamiento de las realidades más alejadas. Esto es válido para una parte considerable de la obra de Péret. Así como hubo un aparato simbolista con Breton y Reverdy, Francis Ponge recordó, con una pregunta de André Parinaud acerca de la génesis del poema, que "El oro se hace con plomo, no con plata o platino". Para que la poesía sea la Alquimia del Verbo hay

que *lastrarla*. Breton lo recordará en sus más hermosos escritos; basta releer la *Oda a Charles Fourier*.

No es paradójico, entonces, que los *objetos* de Breton con frecuencia digan más que sus poemas. "Poemas mudos, objetos parlantes", se titula la introducción de Octavio Paz al precioso libro *Yo veo, yo imagino*, que reúne, por primera vez, las creaciones plásticas del fundador del surrealismo: collages, montajes, dibujos, esculturas, poemas - objeto, objetos encontrados. Citaré algunos ejemplos, *alla rinfusa*: "Retrato de Apollinaire", "Jack el destripador", "Rosa para Elisa", "Una media desgarrada" (acentúa el encanto), "Mariposa - cumplido", "Recuerdo del Paraíso Terrenal". Tesoros de invención, de encanto, de frescura. Lejos de las guerras fratricidas, de teorías y tribunales, un Breton completamente espontáneo se entrega aquí, se *deja llevar*. Su mente no incubaba sombríos presagios, su ojo no está cargado de relámpagos: su mirada, su sonrisa son transparentes. Como la fotografía de Gisèle Freund, donde lo vemos, al final de su vida, husmeando en el mercado de pulgas de Saint - Ouen o las de Cartier - Bresson, tomadas en Saint - Cirq - Lapopie, a ori-

llas del Lot, con Elisa. Breton busca, buscará siempre, las primeras conchas.

Al salir de Beaubourg, entre la muchedumbre estival, mientras escuchaba las notas y contranotas del Taller Musical de Boulez que subían desde el sótano, una camiseta bilingüe y abigarrada me cortó el paso brutalmente: "Shakespeare for Everyone/Shakespeare para todos"². ¿Es, cien años más tarde, ella, la poesía por todos y para todos? Esta bofetada a Lautréamont me obligó a volver (lamentablemente) al punto de partida. Entonces, a modo de exorcismo, un cuarto de siglo después de la muerte del Forzado intratable, pronuncié con lentitud: André.

Decir André Breton es París liberado.

NOTAS

¹ Es decir, los parisinos. La clave de París, tanto en las placas de los automóviles, los números telefónicos o el código postal, es 75. (N. del T.)

² En español, en el original. (N. del T.)

París, 15 de agosto de 1991.
Traducción de Conrado Tostado.

CARTA DE MADRID TRANSICIONES

BLAS MATAMORO

LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA A LA DEMOCRACIA se ha convertido en un lugar común, del que todo el mundo habla con rapidez de reflejos y nadie sabe bien a lo que se refiere. No lo digo desde la perspectiva española, en la cual existe una cantidad de información y de análisis apabullantes, sino en lo que podríamos llamar "literatura comparada" sobre la transición. Cada vez que un régimen político, en cualquier lugar del mundo, encara su transformación, se saca a relucir el modelo español de pasaje entre el franquismo y la monarquía constitucional. Tanto da que se trate de los países del Este europeo, la China continental o las repúblicas sudamericanas que intentan transitar de la dictadura pretoriana a la vieja, desprestigiada y siempre deseable democracia "formal". No ha faltado quien

compara el actual proceso mexicano de pluripartidismo efectivo e integración regional con el español de los años setenta.

Estas veloces y, a menudo, incorrectas extrapolaciones se acentúan en los casos de los países que, hasta hace poco, integraban el denominado mundo del "socialismo real". Gorbachov, a su paso por Madrid, el año pasado, sacó a relucir el símil España/Urss, que no dejaba exageradamente lucido a su antiguo partido de origen. Luego, unas jornadas moscovitas sobre el tema, en el verano de este año, insistieron sobre los procesos paralelos. Creo que sirvieron para marcar, precisamente, lo contrario, es decir las diferencias.

La transición española se basó en dos elementos fundamentales: la caducidad

del modelo político franquista ante el desarrollo económico y social de España en los años sesenta, y el marco de referencia europeo inmediato, es decir la Europa comunitaria. Ninguno de ellos es comparable, de movida, con lo que pasa en el Este.

En España, según el proceso tradicional del cambio político del contexto europeo, a una transformación de la sociedad correspondió una paralela transformación de las formas e instituciones políticas. Lo cual, en resumidas cuentas, es una alternación en los mecanismos que sirven para legitimar al que gobierna. Legitimación: tema insistente crucial, de la historia mexicana, en el cual no hace falta abundar ante los lectores.

Franco se legitimó por haber ganado una guerra. Ésta tuvo el aspecto de una

contienda civil, intestina, pero fue eso y más que eso, ya que se movilizaron fuerzas militares y políticas del exterior. A causa de este perfil curioso de la guerra española, Franco siempre mantuvo una ambigua relación con el mencionado "exterior". Fue neutral en la guerra mundial, aunque sus lealtades lo llevaban a simpatizar con el Eje. Luego fue "tierra de nadie" de la posguerra y las ayudas Marshall, hasta que los Estados Unidos vieron con alegría la situación de algunas bases aéreas en suelo español. Y así, Franco estuvo y no estuvo en el proceso de integración europea, fuera y en los umbrales de la CEE y la OTAN.

Muerto el dictador, la dictadura careció de funcionalidad. Había un rey designado y, a medias, educado por el franquismo, acaso con el improbable designio de que sirviera para perpetuar las camarillas burocráticas del régimen, pero Juan Carlos decidió reelegirse y así surgió la Constitución de 1978. De algún modo, fue el gesto de ofrecer la monarquía constitucional a la sociedad española para que ésta dijese si la aprobaba o no. Hubo un vehículo de comunicación entre el Estado y la sociedad.

De otra parte, el desarrollo social de España la hacía parecerse a los países de segunda fila europeos, tan disímiles y comparables como Italia y Dinamarca, por ejemplo. Había modelos para tener en cuenta. En cambio, en el Este no hay ni espacio para la comunicación Estado - sociedad ni paradigmas cercanos a los que aferrarse para imitar o, al menos, tomar en consideración.

El "socialismo real" se ocupó de desarrollar el Estado, un Estado que se convirtió en el sujeto de la vida social, en reemplazo de la sociedad misma. Un Estado con burocracias civiles y militares muy jerarquizadas y mecanismos de opción para "los de fuera" muy rígidos. Desmontado, por decisión de sus mismos dirigentes, el aparato estatal comunista, quedan al descubierto unas sociedades que, a menudo, han quedado congeladas en la Europa de preguerra. En España, el catolicismo social y político se fue convirtiendo de integrista y nacional - sindicalista en tecnócrata. En Polonia, la Iglesia, que fue el único organismo social capaz de subsistir al margen del Estado comunista (en parte, obra de un ejército de ocupación hábilmente manipulado, en su momento, por Jaruzelski), ha generado un catolicismo

político con visos recalcitrantes, que deja pálidas a sus huestes comparables de Italia y España, por ejemplo. En Yugoslavia, en el Báltico, en Armenia, en Georgia, resurgen los nacionalismos europeos de 1939. No digamos lo que puede ocurrir con la minoría húngara en Rumanía, la Besarabia incorporada a la URSS o los musulmanes del Uzbekistán. Hace poco, en Trieste, veía con unos amigos yugoslavos un debate organizado por la televisión croata. Recuerdo entre sus participantes a Milovan Djilas. Lo recuerdo por una frase patética: "La guerra civil podría ser una solución para Yugoslavia, puesto que en toda guerra siempre gana un bando". Mis amigos me preguntaron qué opinaba del debate que me traducían con paciencia. "Me parece una discusión española de 1935" comenté, pensando, una vez más, en la escasa intervención que el Estado "socialista real" había tenido en aquellas sociedades.

En la Europa del Este los mecanismos de legitimación social han quedado, normalmente, en manos del antiguo burocratismo comunista, reconvertido, con rapidez, en partido político socialdemocrático o similar. La excepción es Polonia, por el señalado papel de la Iglesia en el conflicto social, sobremanera en el mundo de los sindicatos obreros. En Checoslovaquia hubo que echar mano de la llamada "clase intelectual". Tal vez sea Hungría la excepción que siempre la señalé como "experiencia piloto" de eso que, irónicamente, los húngaros mismos han redefinido como comunismo: el camino más largo que conduce del capitalismo al capitalismo. Pero ¿qué ocurre en Rusia, nada menos, el núcleo de la antigua Europa comunista, un país con un desarrollo capitalista atrasado, congelado y nunca dinamizado, y sin apenas nada de experiencia democrática parlamentaria? Los países de la *Mitteleuropa* ex comunista pueden recuperar una memoria de preguerra, con cierto inconsecuente parlamentarismo o, como en el caso de Checoslovaquia, el haber sido uno de los centros industriales de Europa. Pero, insisto ¿puede la URSS imaginarse una "nueva España" del Este, imitar Gorbachov a Adolfo Suárez o a Felipe González? ¿No saldrá algún imaginativo proponiendo la restauración del zarismo? De momento, se ve que a Leningrado le han devuelto el nombre del santo correspondiente a un zar que intentó occidentalizar a Rusia

según las luces de la Ilustración. De hecho, "petrismo" sigue siendo sinónimo de europeísmo, por oposición al majestuoso, mesiánico y autosuficiente nacionalismo ruso. Aquí también aparece, tras el desmontado aparato del Estado comunista, la vieja Rusia que se debate en los confines de Europa y Asia.

El comunismo se muestra, con tales efectos, como un curioso mecanismo que ha retrasado el desarrollo capitalista y democrático "formal" de medio continente, acercándolo a las fronteras del Tercer Mundo, las fronteras donde estaba la España de Franco. En esto, el dictador gallego sacó treinta años de ventaja a sus coetáneos del Este. Con menos doctrinas, eso sí, pero también con mayor flexibilidad política, ya que no imaginaron, que no era su fuerte.

El ejército franquista, tras ocho años de meneos y un intento (al menos, uno) de golpe de Estado "a la griega", fue resituado en la sociedad, en buena parte, por obra personal y política del Rey. Se entendió, finalmente, que su papel en la guerra civil había sido una excepción histórica, y no un proceso fundacional de un hipotético Estado Nuevo. Pero, en cambio ¿cabe la misma singladura al ejército soviético, surgido de una revolución que prometió conmocionar la historia de nuestro siglo y acabar con el capitalismo internacional, que contaba con setecientos años de antigüedad? Aquí, seguramente, tendrán más influencias el Fondo Monetario y el Banco Mundial, cuando la URSS se integre, por las generales de la ley o con un estatuto privilegiado, a ambos organismos, otrora la bestia negra del comunismo.

La liberalización de España empezó por la economía, que abrió una sociedad esclerotizada a la dinámica de las comunidades modernas europeas. España se convirtió en un país de mayoría urbana, frecuentado por extranjeros, con millones de trabajadores que salieron a una Europa desarrollada donde el fascismo había sido vencido. La gente empezó a ir masivamente a la escuela y a adquirir hábitos de consumo. La vida social comenzó a profanizarse y a volverse placentera. La vieja moral católica del pecado y el sacrificio se volvió anacrónica. De estos cambios surgió la necesidad de la transición política.

Pero nada de esto, salvo, quizás, en el caso de Hungría, pasa en la Europa del Este. Más bien, lo contrario: crisis

económica, desempleo, carestía, el panorama de los países sometidos a una economía de ajuste. Quién lo diría: la política de las repúblicas sudamericanas con problemas de "desajustes estructurales históricos". Por no ir a los pormenores: degradación del medio ambiente, corrupción administrativa, déficit de vivienda social y salud pública. Justamente, aquello que se suponía prioritario en una sociedad comunista: lo comunitario, lo comunal, lo común.

Según se ve, el modelo español de transición sólo se puede tener en cuenta muy a la distancia y sometido a sucesivas traducciones. Como decía el humorista Pancho, no se puede lidiar a un oso de la estepa rusa con un manual de tauromaquia.

Pero, en cambio, si se reduce modestamente la posibilidad de incidencia española, tal vez se obtengan resultados prácticos, visibles y tangibles. Es el caso de la pequeña y mediana empresa, lo que en el lenguaje corriente se denomina, en España, los *pymes*. Gran parte de la industria española (e italiana, siendo Italia el quinto país industrial más desarrollado del mundo) se hizo a partir de empresas pequeñas y medias. Y éstas son las que miran al Este con cierta esperanza de emigración, cuando las cosas

estén más claras. Algunas, como en el ramo de la fabricación de fiambres, ya han aterrizado en la URSS. Otras, como las de autopiezas o instalaciones hoteleras, hacen tímidos gestos. En materia de alimentación, España tiene tradición y experiencia industrial, pero para llevarla lejos, hace falta un mercado que demande estos productos. Gente con hambre y con capacidad de satisfacerla. Gorbachov se llevó de España, precisamente, unos créditos para aumentar el consumo privado, que puede hallar interesantes muchos productos españoles, desde electrodomésticos hasta alimentos.

A partir de 1993, la CEE se tendrá que plantear el aumento de sus asociados. Austria, Noruega, Suecia, tal vez Suiza, quieren ingresar en el club. De hecho, ya ha ocurrido con la Alemania del Este. Aquellos países, con sus más y menos, están en condiciones de incorporarse inmediatamente. No tan inmediata es, en cambio, la adhesión de Turquía. Por fin ¿en qué puestos quedan los países ex comunistas? Han perdido su mercado común, el COMECON, y han sido lanzados al desafío y al canibalismo del mercado mundial, arrastrando deudas externas considerables y un ejército creciente de desocupados, una industria con instalaciones anticuadas (el "museo

de la chatarra" que definió el ministro franquista Laureano López Rodó) y un mercado interno auténticamente anémico. Economía sumergida y *estraperlo* (mercado negro). Más o menos, la España anterior al desarrollo de los sesenta.

En aquel momento, más que nunca, se empezó a pensar que el franquismo era, finalmente, una larga y pesada transición. Todo estaba controlado y parálitico, pero era transitorio. El dictador se convirtió en el emblema de un proceso desarrollista desigual y un tanto atolondrado, pero que acabaría devorando al régimen mismo. Es lo que falta en los países del Este europeo. Un camino largo cuyo trazado nadie conoce ni puede proyectar y que, tal vez, conduzca a las paradojas más sonoras de este siglo que termina: el ingreso de la URSS en el Mercado Común Europeo y en la OTAN, lo que, una vez más, nos llevaría a la posguerra de 1945, el plan Marshall que no llegó a Franco ni a Stalin, la asociación postergada de los vencedores bélicos. Dos de los vencidos, Alemania y Japón, pasaron a la vanguardia del desarrollo. Ahora, "generosamente", se disponen a colaborar con quien los derrotó hace casi medio siglo. De algún modo, Pedro el Grande sigue convocando a las Luces.

VESTIGIOS DE VIENTO

ADOLFO CASTAÑÓN

RECONSTRUIR LA HISTORIA DE UN PAÍS A TRAVÉS de algunos retratos y de los rostros que contienen es una tarea paradójica. El rostro no tiene historia. Es, según el lugar evangélico, lo que no se puede o no se debe dar al César a quien le basta o le debe bastar lo suyo: las monedas donde va acuñada su efigie. La historia de los rostros es semejante porque se define en función de la semejanza con el Rostro. Espejo de sangre, ostenta el pulso del reloj de muerte y nacimiento que se renueva en cada cuerpo. De ese modo, la historia que pueden manifestar los retratos aparece como una sucesión de guardarropas donde el progreso se rinde al equívoco de un desfile de datos pintorescos o anécdotas visuales más o menos significativas de la variedad de

condiciones que los enmarcan. El azar, al congregarse en el espacio apaisado de un libro como éste rostros y retratos, sugiere una historia no de los rostros sino de la forma en que son tomados, retratados, la historia de las diversas formas en que los mexicanos hemos dado la cara en el curso de los últimos ciento cincuenta años. Estas caras mexicanas cuya sintaxis sigue un ritmo de reserva y dolor, de desafío y ensimismamiento ¿postulan un argumento, permiten entrever, aunque sólo sea en la intuición instantánea, las reglas del juego que nos gobierna? Si el retrato imagina el rostro —espejo del alma, semejanza elevada a la segunda potencia—, nuestro libro acaso permite confirmar aquella certeza sobre la vejez del alma mexicana. La

confirma con sobria y parca presencia o con ademanes de muerte y aspavientos de burla. Muchos de estos retratos coinciden en subrayar la distancia que cada personaje tiene frente a su propia imagen; en otros, en cambio, la voluntad de expropiación del aparato fotográfico se ha interiorizado.

Nuestra galería admite, desde luego otras lecturas. A través de su despliegue podemos asomarnos a la historia interrumpida y renovada de la familia y su doméstica comunidad, documentar el tránsito del campo a la ciudad o la ya rancia capilarización de las modas urbanas en el orbe rural (¿no resulta significativo que el recorrido se inicie precisamente en esos momentos?). La galería también nos permitirá dejar constancia

de la presencia cada vez más asidua de los rostros públicos, de las figuras protagonistas que cifran el mercado y del eclipse paralelo de los rostros sin nombre de los hombres oscuros como si, a medida que se populariza y trivializa la fotografía, fuese más difícil aproximarse al rostro sin nombre ni etiqueta. Se tiene aquí la impresión de asistir a la his-

toria de la desaparición del rostro, de su disimulación en el guardarropa de los gestos y funciones, de las muecas y disfraces que las caras buscan para distraer su mirada y prestarle un aire ligero a esa huella irreversible, a ese vestigio del viento que es la máscara mortuoria del retrato. Después de todo, un libro de retratos ¿no es un libro de imágenes de

personas que murieron o van a morir, no es un museo? En este caso, un museo donde por un lado los héroes aparecen bañados en la luz de los hombres anónimos y donde por el otro, los protagonistas se diluyen en el claroscuro de la fama o se pierden definitivamente en la progresiva encarnación de la propaganda en la apariencia de la persona.

CUATRO ENEMIGOS DE LA ESPERANZA

MAURICIO MERINO HUERTA

UNA CORDIAL INVITACIÓN SE SUMÓ A LOS mitos que había alimentado por años, para darme la oportunidad de atisbar el mundo de la diplomacia mexicana. Acepté sin ninguna reserva, porque la ocasión parecía irrefutable: representaba, al mismo tiempo, la posibilidad de servir a mi país, de conocer por dentro un mundo que siempre se me mostró apasionante y de participar en la política exterior. La vocación me arrastró, aun antes de conocer con exactitud el cargo que se me ofrecía, pues los datos iniciales bastaron para vencer cualquier resistencia. Se trataba, fundamentalmente, de observar los acontecimientos relevantes del país al que iba, para redactar informes cuidadosos que ayudarían a definir algunas de las estrategias de la política mexicana hacia una de las regiones de mayor importancia. Formar parte del cuerpo diplomático era, además, una aspiración secreta de la que yo tampoco escapaba.

Un año más tarde descubrí que la vida cotidiana del verdadero diplomático, está lejos de tener el encanto que sugieren los lugares comunes, o de la influencia discreta que aparentan sus miembros. Los diplomáticos son admirables, pero no tanto por sus ventajas, cuanto por el sacrificio que deben hacer todos los días para representar a México en circunstancias especialmente difíciles. Y ahora me pregunto si la visión que tenemos del diplomático no es, además, injusta: se cree que disfrutan de beneficios que no tienen, y se les exigen resultados superiores a los recursos de los que disponen.

EL PRIMER ENEMIGO: LAS FORMAS

Nuestra imagen de la diplomacia se ha

quedado en el pasado. Si Philippe Cahier enseñaba que sus funciones principales eran la representación, la información y la negociación, la tecnología de nuestro tiempo ha trastocado las posibilidades de servir al país propio en esos rubros tradicionales. Es cierto que la representación sigue siendo importante: una embajada o un consulado aluden a la presencia política, física, que hace falta para subrayar el interés del país en los asuntos de un Estado amigo. Pero más allá de ese símbolo, la representación no supone una actividad que exija demasiado al funcionario de una embajada. No hablo del titular de la misión: los embajadores y los cónsules tienen, en ese ámbito, agendas completas, tanto por las relaciones que deben conservar con el resto del cuerpo diplomático, como por las amistades que deben cultivar entre políticos, empresarios, intelectuales, periodistas... El titular de una misión es, en rigor, el representante de su país y, en consecuencia, ha de asistir en esa calidad a los innumerables encuentros que suelen organizar sus homólogos; debe estar, también, en los actos oficiales de mayor importancia; y, naturalmente, en cualquier actividad pública en la que se trate, de modo favorable, la cultura, la economía o la política mexicanas. La representación, así planteada, se resuelve en una fotografía interminable y en constantes conversaciones de final incierto: nunca se sabe, con precisión, la utilidad práctica de un nuevo contacto o las consecuencias de un comentario adicional y, sin embargo, los titulares deben estar en todas las oportunidades posibles, subrayando el interés nacional por personas y asuntos que, probablemente, no

coinciden con las simpatías del funcionario. No obstante, esa imagen del diplomático activo que asiste a recepciones y trata negocios de trascendencia; que aparece en periódicos y revistas, que se relaciona con los personajes más conocidos, que concede entrevistas y corta listones es una imagen que sólo incluye al titular de la misión y que obedece, en todo caso, a una rutina.

Los colaboradores de la misión diplomática, en cambio, tienen la obligación de llevar la agenda de titular y, eventualmente, de organizar las recepciones que él mismo ofrece. Y, a veces, tienen también la responsabilidad de representar al representante, con el evidente desagrado de quienes han cursado la invitación a un embajador y se ven forzados a recibir a un funcionario de poca monta. La fotografía, la copa en la mano y la conversación erudita no forman parte del mundo cotidiano del diplomático común y corriente, que está más bien confinado a la modestia de las oficinas de cancillería, pendiente de las instrucciones de sus superiores. Su participación como representante nacional se reduce, tal vez, a la especie de ensayos que los diplomáticos que comienzan acostumbran organizar, para intercambiar puntos de vista entre colegas que aspiran a la cumbre, pero que se saben obligados a guardar silencio para llegar a ella.

De todos modos, están obligados a guardar las formas y compartir, como los médicos, el celo por su prestigio heredado. Si bien la modernidad les ha impuesto, paulatinamente, un estilo diferente, más relajado y menos "diplomático"—en el sentido flemático, de adjetivo—, lo cierto es que también deben

jugar su papel en el teatro de las apariencias. Es tan difícil encontrar un funcionario del servicio exterior que confiese a un extraño su hastío por la rutina, como conversar con ellos sin sentir que, en el fondo, se está tramando algo realmente importante. La consigna, en todo caso, es guardar la etiqueta y prepararse para el futuro: nadie sabe si, en algún momento, habrá que pedir un favor al interlocutor de esa noche.

EL SEGUNDO ENEMIGO: LA TECNOLOGÍA

La información es, en cambio, la tarea primordial del diplomático que quiere subir los peldaños. Como bien se insiste en el instituto Rio Branco de Brasil, lo fundamental en esa materia no consiste en conocer el idioma, las costumbres, la historia o la política del país al que se ha ido, sino el idioma, la cultura, la economía y la política del país propio. Pero sobre todo el idioma: el diplomático debe informar, todos los días, sobre el curso de los acontecimientos más destacados del país en el que trabaja, mediante cables mínimos en los que es preciso anotar ideas máximas. Más tarde debe redactar informes más amplios, en los que se registra el pulso de la embajada sobre los temas de mayor interés. Informar es la clave de su eficiencia, y para ello es legítimo echar mano de todos los recursos posibles: las charlas tenidas en cualquier parte, los comentarios escuchados en la radio, los noticieros de la televisión y, por supuesto, la prensa diaria. El diplomático sabe que su labor está siendo evaluada, a fin de cuentas, por la calidad de su información, e imagina que sus versiones tienen alcances insospechados. Por eso no hay nada más importante, en su quehacer cotidiano, que la redacción.

Un diplomático bien aplicado puede pasar la mitad de su tiempo vital confeccionando informes. Pero nunca estará seguro de que alguien los lea con la misma atención, pues hay varias centenas de funcionarios como él formulándolos desde varios países del mundo, y otros tantos en la sede mexicana interpretando noticias, textos y documentos que, a su vez, son enviados a Tlatelolco por las representaciones diplomáticas acreditadas en el país. ¿Cuántas líneas se reciben a diario en la "caja negra" de la diplomacia mexicana? ¿Cuántos funcio-

narios las leen, y cuántos deciden sobre la trascendencia de la información que está en curso? Hay procedimientos claros, no hay duda, para que todo ese alud de noticias pase por filtros de selección, se sintetice y llegue hasta las grandes mesas de decisiones. Pero es improbable que luego de saltar los obstáculos previos el informe del diplomático sobreviva: tal vez aparezca una parte menor de sus datos, o se mencione su nombre de paso. Pero desde el momento de estar redactando, el secretario de una embajada sabe que sus lectores asiduos se reducen al equipo de trabajo de la misión y a cierto personaje de alguna oficina en la capital del país. Y sabe también que sus puntos de vista tienen que ser compatibles con los del jefe de cancillería y del embajador. Así, al final, la función principal del diplomático que comienza se diluye entre los matices de la opinión ajena y el prolongado silencio de sus interlocutores.

Pero hay algo más: los diplomáticos no son espías. En general, su papel no consiste en descubrir información oculta por cualquier medio, para trasmitirla al país con algún método heroico. Esa tradición de espionaje internacional no forma parte de las prácticas mexicanas ni, seguramente, sería encargada a un funcionario vigilado en caso de ser necesaria. La información que maneja el diplomático es la misma que conoce todo el mundo, salpicada eventualmente con datos adicionales derivados de alguna conversación. No puede informar mucho más de lo que sabe, por ejemplo, un periodista. De modo que la rapidez y la abundancia de medios contribuyen a menguar el papel informativo del funcionario; cuando el diplomático ha terminado de redactar un cable, por ejemplo, sobre la posición oficial del gobierno equis ante un conflicto internacional, la televisión y la radio no sólo han enterado horas antes a todo el planeta, sino que incluso han comenzado a ofrecer las interpretaciones de los especialistas en la materia. El diplomático va en desventaja con la agilidad que la tecnología ha ofrecido a los medios de comunicación, y con la eficacia de las grandes organizaciones de prensa que se mueven por todo el mundo. Si la noticia es importante, lo más probable es que el gobierno esté decidiendo su posición a la luz de la información recibida por otros medios, antes de que el funcionario concluya su

propia tarea; y si el asunto es intrascendente el diplomático puede confiar en que sus datos no aparecieron antes en un noticiero de televisión, pero también debe saber, precisamente, que no son fundamentales. ¿Cómo superar la tecnología impresionante de los profesionales de la información? ¿No sirvió, como ejemplo notable, la cadena norteamericana CNN como enlace de información durante la guerra en el Golfo Pérsico? Se dirá, quizás, que lo fundamental del cable diplomático no reside en la información sino en la interpretación, pero en ésta cuenta más, sin duda, la opinión de los asesores expertos que rodean a los mandos superiores que las incursiones dubitativas de un funcionario menor.

La tecnología se ha interpuesto a la carrera, por último, en el ámbito de la negociación diplomática. Si en épocas anteriores el funcionario debía llevar personalmente los negocios bilaterales, por las dificultades propias de la comunicación a largas distancias, en nuestros días ese obstáculo se ha roto por completo. Las negociaciones entre gobiernos ya no pasan necesariamente por embajadas, sino por los teléfonos privados de los secretarios de Estado de ambos países, en forma de conversaciones confidenciales y de documentos transmitidos por fax. Y, en última instancia, si el asunto merece la mayor prioridad, no es difícil que el responsable del área correspondiente se traslade unas horas al país amigo a discutir personalmente con sus homólogos los temas de interés común. Teléfonos, aviones y fax han llevado a los diplomáticos a una condición secundaria en las negociaciones de trascendencia. Su verdadero papel consiste en concertar citas y, a veces, en servir de auxilio a los verdaderos negociadores. De poco cuenta su opinión —cuando tienen la ocasión de darla— porque su desempeño es, en el mejor de los casos, estrictamente complementario.

La ocasional cercanía con los poderosos es compartida, no obstante, en todo el mundo de la diplomacia. Difícilmente puede sustituir el deseo de colaborar en los asuntos principales de México, pero a los diplomáticos les debe bastar: no pueden aspirar a la negociación verdadera, porque la tecnología del mundo moderno les ha arrebatado esa posibilidad. De modo que han de satisfacer su vocación inicial más ante secretarios y subsecretarios de Estado del país propio,

en las brevísimas oportunidades que se presentan de vez en cuando, que ante los gobiernos extranjeros.

EL TERCER ENEMIGO: LA INCERTIDUMBRE

Los diplomáticos, por otra parte, están obligados a ser turistas de largo plazo. Quiero decir que su estancia en cada país no puede prolongarse por mucho tiempo, lo que les impide formar una vida estable. Este dato no es nuevo: no dudo que muchos aspirantes a la diplomacia se dejen llevar, en el fondo, por su deseo de "conocer mundo". Olvidan que su condición no es tan libre como la del turista, y que el paseo puede durar una vida. Pero sobre todo, que el destino soñado puede no llegar nunca.

El funcionario que aspira a subir el escalafón debe pasar por varios destinos, aunque no sepa a ciencia cierta en qué países vivirá ni en qué momento será trasladado a otro lugar. El rigor de los reglamentos en esta materia suele diluirse en las prácticas cotidianas y en los problemas de presupuesto, de modo que planear una estancia de tres años en cada sitio constituye apenas una referencia inicial. Todo puede cambiar antes, a juicio del titular de misión, o prolongarse de modo indefinido. No obstante, el diplomático no puede abandonarse a su suerte: casi todos piensan en la parada siguiente y deben echar mano de todos sus recursos para conseguirla, a sabiendas de que hay decenas de colegas transitando por los mismos deseos. Así, la incertidumbre comienza con una duda profesional y acaba por formar parte del modo de vida.

Ninguna de las "rutas" diplomáticas sería desdeñable en sentido estricto, si la incertidumbre no las convirtiera en algo cercano a una apuesta, si la comunicación con los mandos de México fuera suficientemente fluida, o si la asignación de plazas estuviera atendida a reglas exactas. Pero ninguna de esas tres condiciones se cumple en rigor: todo puede cambiar sobre la base de criterios subjetivos, que los diplomáticos conocen a medias, en la medida en que han pasado varios años alejados del pulso de los acontecimientos que tienen lugar en las oficinas centrales. Y por lo demás, tampoco la diplomacia escapa a las prácticas burocráticas más arraigadas, que, en este caso, se muestran con la crudeza de las

cosas humanas: para un diplomático todo puede cambiar repentinamente, sin explicaciones. Y ninguno tiene total certidumbre sobre el futuro, porque sus méritos cotidianos no tienen lugar en donde se toman las decisiones. A la distancia, el tiempo y la disciplina pueden ser más apreciados que la eficacia y el éxito diario.

EL CUARTO ENEMIGO: LA ESPECIALIZACIÓN

El mundo diplomático, por último, no es un mundo cerrado: sus puertas permanecen abiertas a los nombramientos especiales, ante la justificación de contar con expertos en determinadas funciones. Esos especialistas obedecen a la lógica de los tiempos y suelen concretarse a sus labores de modo exclusivo. Otra cosa es que el servicio los comine a formar parte de la carrera y que algunos acepten la oferta, aun con la conciencia de que nunca se integran del todo, pues sus tareas suelen reducirse al ámbito de su especialidad. Pero su sola existencia revela que el espacio de acción del diplomático se va estrechando con el paso del tiempo. Las actividades de mayor interés, que podrían abrir perspectivas adicionales al funcionario cansado de formular informes, son paulatinamente ocupadas por otros profesionales enviados directamente de México. Y el diplomático sabe, en consecuencia, que su intervención en esas áreas, más bien reservadas, si no le es expresamente solicitada, sólo podría acarrearle dificultades. Las tareas culturales, el desarrollo de la informática, el análisis comercial y aún el manejo de los medios de prensa son ámbitos de importancia, pero en la mayor parte de los casos ajenos al ascenso del funcionario de carrera. Y si la cultura, el comercio y el manejo de prensa se van depositando en manos de especialistas, ¿qué le queda al diplomático que se ha formado en todo, y en nada en particular?

A ese dato habría que agregar los nombramientos políticos que, de acuerdo con la experiencia, no son escasos. Muchos funcionarios nuevos se inscriben en el servicio exterior invitados por circunstancias diversas, que poco tienen que ver con la vocación. Y no pocas veces esos funcionarios tienen en sus manos el verdadero control de las pequeñas decisiones cotidianas de una misión,

y también los más altos cargos. No me refiero a los embajadores ni a la tradición política que quiere identificar el servicio exterior con una suerte de exilio de oro, porque para el diplomático que asciende un titular inexperto puede representar, incluso, una oportunidad de mostrar sus habilidades. Hablo, más bien, de los nombramientos que comparten, con los miembros del servicio exterior de carrera, el aparente placer de la diplomacia pero muy pocas de sus vicisitudes. Si los diplomáticos "a la carrera" ocupan los estrechos espacios que sobran después de los llenados por especialistas, el papel de los dedicados funcionarios de siempre corre el riesgo de convertirse, en términos de una actividad realmente creativa, en una hoja en blanco.

No obstante, el diplomático de carrera ha de convivir con sus compañeros de oficio, aunque no todos lo hayan asumido como proyecto de vida, y aunque sepa que entre ellos la competencia no sólo es desigual sino que puede llegar a ser, sencillamente, terrible. Su virtud más importante acaso sea, por eso, esperar, y escribir esperar en el doble sentido que esta palabra adquiere en castellano: tener esperanza de conseguir lo que se desea, y dejar que el tiempo pase, hasta que algo suceda.

UN PEQUEÑO HOMENAJE

El tiempo que las circunstancias me dieron para observar el servicio fue tan breve, que mi esperanza no pudo sumarse a la de mis compañeros de entonces. Pero adquirí, en cambio, un profundo respeto por quienes han logrado alcanzar la cumbre de la carrera, paso a paso. Me han dicho, repitiendo el lugar común, que antes era mejor, que en otras épocas los diplomáticos gozaban de mayor libertad en sus cargos y que sus actividades producían resultados tangibles en plazos muy cortos. Me han dicho que la calidad de la representación solía ser impecable, que el manejo de la información repercutía de modo sensible y que las negociaciones satisfacían con creces las expectativas más ambiciosas de la vocación. Me han comentado, también, que en las entretelas de los organismos multilaterales todo es distinto, porque en ellos apenas tiene cabida la improvisación y el mundo diplomático se despliega con amplitud. Quiero pensar que

todo eso es cierto, con independencia de los matices y de los límites de esos organismos en el terreno de la eficacia política. Pero estoy persuadido de que no será mirando hacia atrás como los diplomáticos habrán de superar sus actuales condiciones profesionales. Por el contrario, hay que llamar la atención sobre el valor de los recursos humanos que el país tiene distribuidos por todo el mundo, repitiendo usos que el tiempo ha dejado atrás; y enseguida, subrayar la conveniencia de emplearlo en tareas más concretas, sobre la base de una mejor comunicación y de una coordinación

efectiva entre compañeros de oficio. Es evidente que la tecnología y las claves de la negociación, de la información y de la representación diplomática no volverán al pasado. Por el contrario, todos los signos anuncian que el mundo tiende a estrecharse y, en consecuencia, a resolver sus asuntos con mayor rapidez, más eficacia y menos formalismos: es necesario, por eso, revisar la utilidad real de las prácticas vigentes, en favor de un mejor provecho para el país y para los diplomáticos que, en efecto, busquen construir su carrera con algo más que el transcurso del tiempo.

Pero ese no es el propósito de estas líneas. La única posibilidad para un diplomático que ha dejado de serlo, es rendir un pequeño homenaje a quienes siguen librando esa batalla cotidiana contra la depresión que producen las formas, la atadura a unas prácticas que ha rebasado la tecnología, la incertidumbre y el ir y venir de especialistas y políticos que llevan en sus maletas un destino menos difícil. Un pequeño y respetuoso homenaje a los diplomáticos que, a pesar de todo, mantienen con vida la esperanza.

Madrid, abril de 1991.



Autorretrato en verde. Óleo

DE JOSÉ VASCONCELOS A BERTA SINGERMAN

(En papel membretado del SECRETARIO DE EDUCACION PÚBLICA, MÉXICO., y con un sello que dice: "Poder Ejecutivo Federal, México"; el sello se encuentra en la

parte superior de la boja y al centro y bajo éste leemos el membrete anteriormente transcrito. No tiene fecha,

aunque muy seguramente fue escrita durante la época del primer viaje de la Singerman a México.)

Sra. Berta Singerman
Pte.

Ilustre señora:

Me apresuro a enviarle mi felicitación más calurosa por el glorioso triunfo que acaba usted de obtener en el coso del Toreo. Fue magnífico el espectáculo que ofreció usted cautivando diez mil almas ávidas que unánimes le agradecían la revelación de maneras (sic) de belleza insospechadas. Su voz, clara y sinuosa, como trompeta de fama, dejó la gloria en algunos versos; en otros se hacía rugido que desenfrena pasiones; cantó otras veces o dejó ternuras con acentos que deshacen todo el ser. Gritos y melodías, palabras claras en las que cada sí-

laba dice su nota profunda, gestos soberbios o gestos hondos, todo halló eco en el alma colectiva, y nada puede enseñar mejor la magnitud de su éxito, que el que no se haya sentido bajar el nivel artístico, cuando terminó la sinfonía Telhoviana (sic) y comenzaron las declamaciones, rítmicas, clamorosas, profundas y leves con que usted nos ha deleitado.

Como Ministro de Bellas Artes siento que es mi deber darle las gracias a nombre de México, por haber venido entre nosotros y por habernos revelado las posibilidades de música y de belleza de la simple palabra bien dicha. Gracias, porque después de oírlo, podemos decir que hemos oído hablar y hablar debiera

ser, y es sin duda, la más alta de todas las artes, la expresión suprema del hombre, aquello que le ha servido para designar a la divinidad misma cuando la ha simbolizado en el Verbo. No es pues una admiración vulgar o de oficial cortesía la que quiero significarle sino el más rendido tributo al arte más excelso que está al alcance del hombre, y el ruego más sincero de que no se deje llevar del triunfo fácil sino que gradualmente depure sus temas, hasta que llegue a lo que realmente reclama una influencia de encantamiento y de revelación de belleza. Reciba usted estas páginas conmovidas de agradecimiento y de admiración.

José Vasconcelos

LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

INTERROGATORIO

El 21 de agosto empecé una cuartilla con la mayor solemnidad:

"Cuando esto se escribe, el mundo entero es una interrogación. Sabemos lo que ha sucedido; pero, aunque abundan los profetas, nadie sabe lo que sucederá. Cuando esto aparezca impreso en *Vuelta* fatalmente habrán pasado otras muchas cosas importantes. Por ahora no cabe sino una preocupadísima incertidumbre, envuelta en pausas de silencio. Lo único más o menos seguro es que el mundo es y seguirá siendo el de siempre; se diría un enfermo obstinado en su enfermedad; el temor violento y morbosos a la libertad (la propia y la ajena). Y como solía, con resignación, terminar sus párrafos Pepe Alvarado: en fin..."

Y EL 22...

Lo que menos me imaginaba es que el

22 y días subsiguientes, el asunto iba a dar una vuelta completa, y seguiría dando vueltas. Prueba de que incluso el escepticismo y el pesimismo tienen límites que uno debe reconocer y prever... Pero mejor no, sigamos con filosofías de esta naturaleza, por mínimo e implícito que sea su carácter anticipatorio, y dejemos hablar a los hechos que aún nos reservan —sin duda— alguna que otra sorpresa. Seguimos entre interrogaciones e incertidumbre.

¿ESTRÉPITO?

Pues sí. Sea lo que fuere, la vida continúa. Gerardo Deniz me envía su *Amor y Oxidente*, con una amable dedicatoria que a la letra dice: "Después de este (necesario) estrapalucio, ¿seguiría mi amigo JGT opinando que se me debiera reeditar?" Según es costumbre universal en los lectores, cada vez más abundantes, de Gerardo Deniz, uno tiene que

consultar diccionarios aun para entender de modo razonable sus dedicatorias. (Y uno no se avergüenza de hacerlo, porque así va enriqueciéndose el lenguaje cotidiano.) En este caso, la consulta es fácil y rápida. El DRAE explica que *estrapalucio*, m. fam., es "rotura estrepitosa, destrozo de cosas frágiles". Y desde luego, la respuesta es afirmativa. Los libros del amigo Deniz, tan discutidos como desparramados un poco en varias editoriales, bien merecerían un volumen que los reuniera.

ENTREVISTA

Por cierto que la experta Myriam Moscona ofrece en *Tierra Adentro* una suculenta entrevista con Deniz, llena de discursos como éste:

La inspiración existe, me canso ganso. Sólo que en mí, cuando menos, no se manifiesta escribiendo con los ojos en blanco, una frondosa pluma de ave

y emitiendo alaridos sensibles para impresionar a los profanos. De pronto mi inspiración transcurre mientras platico con la familia, anotando a hurtadillas algunas palabras, o por la calle. ¡Guerra a muerte a la despreciable mitología estereotipada del "genio peculiar"! Ojalá abunde la peculiaridad, pero que esté en los productos, no en representar farsas. La inspiración existe y llega en momentos inesperados. Y se siente sabroso. La inspiración trae consigo líneas decisivas. Pero rara vez le salen a uno del cacumen, seguidos, tres o cuatro renglones intachables. Quiero decir: a la inspiración le basta un rato, pero luego tiene que llegar la revisión, el repaso, la auto-crítica, una y cien veces. Para esta labor no hace falta esperar ningún "estado de gracia"; es una actividad que puede emprenderse casi en cualquier momento disponible. Se observa entonces, de vez en cuando, un fenómeno muy notable: junto al trabajo pedestre de hallar —supongamos— que utilizó uno tediosamente el verbo "pintar" tres veces en cuatro líneas, en plena inspiración pero sin justificación posible, al mismo tiempo —digo— surgen de repente nuevas posibilidades, inmejorables, pese a no estar en ningún "talante sublime". En mi caso —pues no ofrezco recetas—, esta famosa labor de relectura y ponderación representa la mayor parte del tiempo y el esfuerzo que consagro a un poemioide (y digo así para no herir sensibilidades.)

¿LE PREOCUPA DEJAR DE ESCRIBIR?

Siempre dije que no, pero a estas alturas sí me dolería. *Abora bien*, salvo por algún accidente tremendo físico o mental, no puedo imaginarme qué me impediría seguir escribiendo. Tengo cuerda para varios siglos. Desde hace mucho, y cada vez más, escribo, con todo cuidado, largas prosas impublicables, ya sea porque ofenden gravemente a personas, o por contar cosas que no se deben contar, o por ser absolutamente imposible que le interesen a nadie (tal vez algunas partes sí pudieran interesar, pero no quiero restringirme a ellas). Hasta aquí Gerardo Deniz.

COLECCIONISTAS

A pesar de lo mal que suelo hablar del actual *Nouvel Observateur*, a menudo, no faltaba más, trae cosas originales y/o

curiosas. Por ejemplo, el número 1397 se inicia con una sección en torno a los coleccionistas y la coleccionanía. Y nos informa que de cada 10 franceses, uno al menos colecciona algo: timbres, flores, medallas, cuadros, monedas, anillos de puros, pisapapeles, cajas de cerillos... El catálogo es infinito.

VOCABULARIO

A tal grado, que comienza a integrarse todo un vocabulario para designar a los diversos y más insólitos tipos de coleccionistas.

Filumenista: el que junta cajas de fósforos
Vitolfilista: anillos de puro
Fibulanonista: botones
Piroteófilo: cartuchos
Conchiófilo: conchas
Vexilologista: banderas
Tirosemiófilo: etiquetas de queso
Etilabelófilo: etiquetas de vinos y licores
Siderófilo: planchas
Copocléfilo: llaveros
Erinofilista: viñetas

CYRANO, SÍ, ¿PERO CYRANO?

La cinta de Gerard Depardieu, de tardío estreno en México, ha removido de razón, la curiosidad por Cyrano de Bergerac. Los diarios y las revistas le han dedicado páginas o secciones enteras. Pero a todo esto ¿quién fue el verdadero, el real e histórico Cyrano? Nadie, que yo sepa, lo ha recordado por ahí. La enciclopedia (francesa) *Universalis* ni siquiera lo menciona. En cambio, la *Es-pasa* — Calpe sí se explaya al respecto.

¿ENTONCES?

Savinien de Cyrano Bergerac fue un célebre e imaginativo escritor nacido en París, en 1619. En el Colegio de Beauvais tuvo por maestro de retórica a Jean Grangier, sin perjuicio de ridiculizar más tarde a este último en su comedia *Le pédant joué*. Sus biógrafos califican su vida de estafalaria, y afirman que en ella se mezclaban el libertinaje y el estudio. Fue amigo y compañero de Molière y Campanella. En 1638 ingresó a la *garde noble* al mando del capitán Carbon de Casteljaloux. Espadachín famoso, se asegura que llegó a sumar mil desafíos. A su retiro de las armas continuó peleando; entre otros, con Molière y Scarron.

Como escritor, lo llamaron en su tiempo loco y visionario; pero nadie puede negar hoy su originalidad y fantasía. Lo plagaron o imitaron Voltaire, Corneille, Molière mismo (en *Les fourberies de Scapin*), Fontenelle, Swift (en *Gulliver*), etc. Algunas de sus obras, como su *Viaje a la luna* y su *Historia de los estados e imperios del sol*, se siguen reeditando y retraduciendo en nuestros días. Como se ve, Rostand se quedó muy corto al retratar a Cyrano.

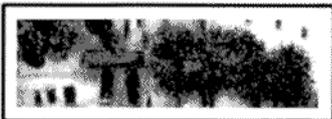
PESSOA

En su número 291 (septiembre de 1991), el *Magazine Littéraire*, presenta, dentro de un repertorio monográfico consagrado a Fernando Pessoa, varios textos que el poeta múltiple escribió directamente en francés; entre ellos, un "Rondel" escrito a los dieciséis años, y el relato del "caso clínico" de un "neurasténico vesánico" llamado "P". Se nos dice que el poeta proyectaba "la creación de un heterónimo francés llamado Jean Seul, cuyo nombre completo habría sido Jean Seul de Mélalet."

TRADUCCIÓN

Un poco por juego o como simple experimento, me puse a trasladar al español ese "Rondel", procurando imitar la forma original: 15 eneasílabos y sólo dos rimas. He aquí, por lo que valga el modesto resultado:

Si fuera rey del mundo entero
Cien leyes dictara sincero
A fin de fundar un asilo
Para cada papá tranquilo
Y su futuro escudero,
El maestro del Año Cero.
Con ellos acabara fiero,
Inútil cera sin pabilo,
Si fuera Fernando I.
Pero ¡chitón! la rima en ero
Suena vana, el verso huero.
Y allá van Pessoa y su estilo
De cantar poemas en villo.
A Él lo dejara sin cuero
Si fuera Fernando I.



HOMBRES COMO USTED

GUILLERMO SHERIDAN

SON TRES LAS RAZONES POR LAS QUE MILITO como aficionado a la figura y al cine de Juan Orol: 1) pocos se han empeñado como él en vivir sus ilusiones, 2) pocos han tenido ilusiones tan espectacularmente baladíes, 3) pocos han logrado caer de forma tan estrepitosa en el desastre al tratar de demostrar la grandeza de sus ilusiones.

¿Qué es lo que permite a Juan Orol usar una corbata polifónica sobre la que está impresa una rosa de los vientos, cuando, en *Pérdición de mujeres*, mata al canalla Burton (no se sabe si con una ráfaga de ametralladora o con la asfixia que pudo producirle la consecuente humareda) sólo porque éste pretendió catar a la apetitosa Malena? La ilusión.

¿Qué es lo que conduce a Juan Orol (que hace el papel del gángster Álvaro Rambal en *Los misterios del bampa*), cuando está a punto de ser electrocutado por la justicia de Chicago, a confesar a su esposa que su nombre no es Álvaro sino Arnoldo, y a pedirle que mienta al hijo de ambos diciéndole que su padre no era gánster, sino presidente de una compañía de seguros? Otra vez la ilusión.

Más allá de la crítica ("Juzgar a Juan Orol en un nivel estético es, dicho de forma sumaria, una pérdida de tiempo", ha dicho Monsiváis) y de la simpatía del snob, Orol, arropado por la ilusión contra la escasa complicidad de la realidad, creó un ámbito eficazmente urdido a fuerza de disparates técnicos, minuciosas incongruencias y torpezas estrábicas desde el cual precipitó la serie de sus ilusiones (la de ser cineasta para poder ser torero, bailarín o gánster) motivado por no otra cosa que lograr dirigirse a una rumbera con el apelativo de "hembra" sin recibir como pago la lástima o la cachetada. Que lograr esto le haya tomado una treintena de películas y varias entradas a la enciclopedia universal de la tozudez, demuestra la fuerza con la que la ilusión es capaz de reivindicar sus fueros.

Combustible eficaz de los egos desinhibidos (al que no hay que convertir en soez sinónimo de la fantasía o el deseo), la ilusión impone al delirio sobre la rea-

lidad y, sin desplazar a ninguna de las dos, inaugura una zona en la que vibra un tipo irreplicable de libertad, privilegio del alucinado que se obstina en residir ahí con abierta impunidad. Orol no es visitado por la Reina Mab, la secuestra. No dice como Alonso Quijano: "soy un caballero andante". Prefiere el conjuro incantatorio que los lingüistas conocen como copretérito lúdico: "que yo era un caballero andante."

El capitán de ilusos que fue Orol llevó ese copretérito lúdico a los límites donde la ilusión fallida se trueca en excentricidad fascinante. Ofendido por la rústica materia de su personalidad, la recompone a fuerza de ordenarse: *que yo era el gánster Johnny Carmenta; que tú eras la cabaretera Sylvia Sorrento*. Él mismo y sus mujeres, María Antonieta Pons, Rosa Carmina, Dinorah D'Orgaz (sonoro ejemplo de ilusión nominalista) obedecían de inmediato. El conjuro pueril somete instantáneamente a la realidad dentro de un paréntesis de celuloide en el cual todo es posible, incluyendo el espectáculo de la multiplicación en pantalla de las células de la Pons en una sola rumba.

Como su nombre lo indica, ilusión viene del latín *inlussio* (en juego), y como tal presupone una reglamentación mínima: para que haya ilusión de veras, la representación que aparece en la conciencia del sujeto debe carecer de una causa real que la motive, y debe surgir de una cierta confusión de los sentidos, que es cuando la ilusión adquiere su dimensión filosófica. (Este es el caso de otra ilusa famosa, Maxime de Forrestier, la neoyorquina que se creía soprano, cuya técnica de cacatúa y voz de hojalata vendían, en sus anuales recitales, más sillitas que Montserrat Caballé).

Se trata, pues, de la ilusión pura y trascendental que Orol, como nadie en México —donde el paréntesis de la ilusión existe en ámbitos menos equívocos que los de la pantalla, por ejemplo: *que yo era demócrata*—, practicó instalando sus caprichos subjetivos como principios objetivos y sólo porque sí. Este

empecinamiento en hacer de lo subjetivo lo objetivo, en confundir sus sentidos y en carecer de causa real, es lo que hace de él y de su obra un fenómeno pasmoso y un arquetipo de nuestra tipología. Pocas imágenes tan agónicamente conmovedoras como la de Orol dándose las de *big daddy*, envuelto en su *aquascutum*, con sus pantalones balón, tapado por su borsalino, bajando de su Packard, sacando su Smith & Wesson, esforzándose por actuar, todo titubeos e incertidumbres, los dictados de su irremediable ilusión con su característico aire de niño clandestino.

Orol escribió varias novelas que se conservan afrentosamente inéditas. ¿Estarán en su casa de Morelia 61 —donde habría que crear el museo de la ilusión—? De existir, serían las notas de pie de página de la novela de su vida, y merecerían la prensa si fueron escritas con la misma ilusión con la que redactaba los anuncios de sus filmes ("*Pasiones infernales*, donde el negro y el blanco o de cualquier otra raza gozan de los mismos derechos humanos") La única monografía asequible sobre él¹ rescata un ejemplar episodio de esa vida. Narra Orol que, en tiempos de Calles, fue agente secreto. Dice que fue tan buen agente secreto que "cuando salí muchas personas lo deploraban y me salían al encuentro:

—Señor Orol ¿ya no es usted agente secreto?

—No.

—Qué lástima. Hombres como usted deberían estar ahí."

¹ Juan Orol, de Eduardo de la Vega Alfaro, Universidad de Guadalajara, 1987.

